

Cartas desde la biblioteca de STRI

Edgardo Civallo

Los presentes textos fueron producidos por el autor durante su etapa como director de la Biblioteca y Archivo del Smithsonian Tropical Research Institute (STRI) en Panamá, entre 2024 y 2025. Las "Cartas..." fueron originalmente distribuidas, en formato bilingüe, a través de listas de correo institucionales internas de STRI y de Smithsonian Institution, y luego publicadas de forma permanente en la plataforma "Donde habitan las palabras", el blog de la Biblioteca y Archivo de STRI (<https://striresearch.si.edu/library/>).

Cartas desde la biblioteca

#00. Una suerte de introducción

"Y una biblioteca ¿para qué?", "¿Ser bibliotecario es una profesión?", "¿Para ser bibliotecario hay que estudiar?", "¿Por qué debería ir a una biblioteca si todo está en Internet?", "¿Y ustedes en la biblioteca a qué se dedican, además de a limpiarle el polvo a los libros y a pasarse todo el día sentados detrás de un escritorio?"

Llevo un cuarto de siglo, toda mi vida profesional como bibliotecario, escuchando esos comentarios (y otros peores).

Ajá.

Llevo todo ese tiempo, dos décadas y media, intentando explicar qué hacemos los que trabajamos en lo que yo trabajo. Y llevo esos cinco lustros sin conseguirlo, a tenor de lo mucho que se repiten estas preguntas en mi entorno en la actualidad.

Comencé a contar los entresijos de mi profesión hace 20 años, cuando inauguré "Bitácora de un bibliotecario", uno de los primeros blogs en castellano sobre bibliotecas (el tercero, para ser más exacto). El blog sigue activo, por cierto, a pesar de sus muchas idas y venidas, y en él no dejo de garrapatear ideas, experiencias, reflexiones, encuentros, desencuentros y, a veces, alguna rabia y una que otra pataleta. La vida es así: no hay luces sin sombras, y las bibliotecas no se libran de todo tipo de problemas.

Contar escribiendo (pero también dictando cursos y conferencias, o grabando podcasts, o...) fue y sigue siendo mi manera de compartir mi pasión por las bibliotecas, los archivos, los museos, y todos esos rincones que hoy llamo "espacios de gestión de conocimiento y memoria": bibliotecas campesinas, archivos comunitarios, casas de

saberes, centros de documentación, bibliomóviles, museos indígenas, salitas de lectura... Todos ellos, sean como sean y estén donde estén, son lugares en donde una comunidad, sea cual sea, se encuentra y se conecta a sus saberes y a sus recuerdos: los humanos en general, y los propios en particular. Y ahí surge la magia de la identidad, de la historia, de la inspiración, de la innovación, de la resistencia, de la lucha, del cambio...

Somos los gestores del conocimiento de la especie humana. Somos los que tejemos sus memorias. Sé que suena grandilocuente, y sé también que muchas veces no estamos a la altura de las circunstancias, pero eso es lo que somos. Una tarea desafiante a veces, imposible otras, pero siempre llena de momentos mágicos, de ventanas que se abren al pasado y al futuro, de secretos desvelados, de oportunidades latentes, de dramas ocultos y tristezas enterradas que afloran en un pedacito de papel, en la esquina de una diapositiva, en una nota al margen de un libro...

El hecho de que "la información es poder" y de que nosotros, en nuestros espacios, la gestionemos, nos da una enorme capacidad para apoyar y acompañar el cambio social, la resistencia cultural, el encuentro de identidades, el descubrimiento de senderos y la construcción de horizontes a futuro, y la elaboración de nuevas narrativas históricas y de miradas alternativas sobre nuestros saberes y nuestras memorias. Somos eso, también. Algo que implica una enorme responsabilidad y una suerte de compromiso fuerte con aquellas personas a las que servimos. Por pequeños que sean, nuestros rincones terminan siendo sumamente poderosos. Y si bien las nuevas tecnologías de la información nos han ayudado a desarrollarnos y a crecer, las bibliotecas no somos (solo) eso. La esencia, lo que nos hace quienes somos desde que empezamos a ser, se ha mantenido inalterada.

Desde siempre, hemos sido los que ponemos los cimientos a los castillos en el aire.

Somos, pues, mucho más que estantes, polvo, cajas y olor a papel viejo. Y voy a estar compartiendo eso, todo eso, en una serie de cartas que escribiré desde la biblioteca y que les haré llegar todos los viernes a través de este medio. En ellas, y hasta donde mi escaso talento literario lo permita, intentaré mostrarles el *backstage* de nuestro trabajo, las razones por la que hacemos lo que hacemos, los encuentros y desencuentros, los asombros y alegrías, los muchos caminos a recorrer, y los muchos ya recorridos en los cinco milenios de historia bibliotecaria.

Entonces... ¡no me pierdan el rastro!

Cartas desde la biblioteca

#01. El rompecabezas de la memoria fragmentada

Aquellos que trabajamos en el campo de la gestión del conocimiento y la memoria — bibliotecarios, archivistas, documentalistas, museólogos, o cualquiera de las restantes etiquetas que nos han endilgado en las últimas décadas— tenemos varias suertes de chistes internos para definir lo que hacemos.

Uno de ellos señala que somos los que hablamos con los muertos: los que dialogamos con ellos y cuidamos de sus voces.

Más allá de lo lacónica —o tétrica— que pueda parecer semejante afirmación, lo cierto es que no está demasiado desencaminada, ni muy alejada de la realidad. Nuestros espacios, físicos o digitales, conservan el pasado. O, para ser más precisos, lo que los que nos precedieron nos legaron en relación con ese tiempo ido. Lo que dijeron, lo que pensaron, lo que vieron, lo que escucharon, lo que soñaron y odiaron. Las voces de los muertos.

[Y si, según dicen, una de las pocas maneras de sobrevivir al paso del tiempo y a la muerte es el recuerdo que quede de nosotros, los gestores de conocimiento y memoria somos una suerte de "puerta a la inmortalidad". Lo cual es otro chiste que usamos para definir lo que hacemos. Un poco grandilocuente, cierto, pero chiste al fin].

Conservar toda esa memoria de lo que fue, toda esa herencia gigantesca y variopinta, no siempre es fácil. Basándome en mi experiencia propia, me animaría a decir que nunca lo es. Básicamente porque tal acervo jamás llega entero a nuestras manos. Suele hacerlo de manera fragmentada, perforado por todas partes, masticado por los colmillos de un Olvido que nunca perdona nada. Unos retazos por aquí, otros por allá:

jirones de lo que alguna vez fue una historia completa, pavesas de fuegos que se apagaron hace rato.

El gran problema es que los únicos intérpretes posibles de esos restos, los que les podrían dar sentido a esos pedazos deslavazados, ya no están con nosotros. O ya no pueden o no quieren recordar.

Y uno se encuentra delante de mil, dos mil, cinco mil piezas de un enorme rompecabezas, sin tener la más remota idea de cómo debería o podría ser la imagen original que debe construir con tales teselas. Con escasas excepciones, uno no siempre sabe por dónde comenzar a ovillar esa madeja tan enmarañada, tan llena de vacíos y discontinuidades, que es la memoria.

Uno adivina las mil historias encapsuladas allí, entre esos papeles, esas fotos, esos objetos, esos discos y dibujos. Reconstruirlas es otro cantar. Uno bien diferente.

Para más inri, uno sabe que ese rompecabezas particular se conecta con muchos otros igualmente incompletos, igual de fragmentados. Y sospecha los vínculos, y alucina con las implicaciones de determinadas relaciones invisibles e intangibles, y fantasea con las mil y unas posibilidades que se desprenden de todas esas posibles interacciones. Pero no las ve.

Es frustrante. Es desesperante. Y es apasionante. Paso a paso, papel a papel, diapositiva a diapositiva, uno comienza a dejar que suenen las voces de esos "muertos". Leyendo las anotaciones en los márgenes de los cuadernos, juntando pedacitos de dibujos, revisando coincidencias en las fechas de las cartas o en los paisajes que aparecen de fondo en las fotografías, las piezas comienzan a conectarse. Lentamente.

Las teselas van encajando. Y la historia comienza a aparecer. No siempre, por cierto: hay pasados irre recuperables. Pero, la mayoría de las veces, el milagro ocurre.

¿Un ejemplo? Esta semana, revisando unos fondos donados a nuestro archivo — papeles personales de una de nuestras más célebres científicas, ya fallecida—, me encontré su tarjetero: su colección de tarjetas de presentación. Para muchos colegas, ese tipo de piezas no es importante: al fin y al cabo, se trata de algo personal, inservible cuando las tarjetas dejan de tener validez o cuando la persona que las conservaba ya no está.

Sin embargo, más allá de haber sido una herramienta de identificación y contacto en su momento, esa colección de tarjetas permite establecer hoy una suerte de "mapa social" enmarcado en un periodo determinado de tiempo. Un mapa que puede ayudar a entender el contexto socio-cultural (e incluso económico y político) del área de investigación de nuestra científica, de las instituciones a las que perteneció, y de la ciencia en su país y en su región en un punto concreto del pasado. Cuando las teselas encajen, aparecerá la historia. Las historias. A partir de un vistazo superficial no me quedó la menor duda de que, a partir de esas tarjetas y sus relaciones mutuas —no siempre visibles, o evidentes—, podré establecer una suerte de "quién es quién" de aquella época, resaltar la identidad de los personajes más destacados del mundo académico de ese momento, averiguar cuáles eran las organizaciones que trabajaban por entonces en el país a nivel internacional (y cuáles eran sus jerarquías, y cuáles sus países de origen), intuir cuáles eran las relaciones internas que existían entre esos actores, ver en qué disciplina o campo del saber se movían, y un largo etcétera.

Como digo, hay una historia detrás. O muchas. Siempre las hay.

[También habrá muchos huecos: como dije, la memoria siempre es fragmentaria. Y habrá muchos silencios. Silencios que a veces hablan con más fuerza que un grito. ¿Qué

significa, por ejemplo, la pertinaz ausencia de una determinada institución en ese tarjetero?]

Lo sé, ya lo sé: encontrar esas historias será frustrante. Y desesperante. Pero también será apasionante. Buscar una hebra que falta, encontrar por sorpresa el fragmento que soluciona este o aquel enigma, enterarse de los intrínquilis de una investigación o de las luchas intestinas por el poder, saber de los placeres y los pesares... Dialogar con esos "muertos" que, si uno lo piensa bien, no lo están tanto. Hacer perdurar sus trabajos y sus luchas.

Será toda una tarea. Inevitable. Y, sobre todo, necesaria. Porque, parafraseando a Mario Benedetti, los que trabajamos en estos quehaceres "no podemos ni queremos / dejar que la memoria se haga cenizas".

Cartas desde la biblioteca

#02. La mirada en los detalles

Históricamente, los espacios de gestión de conocimiento y memoria —llámense bibliotecas, archivos, museos, o cualquiera de la miríada de otras denominaciones que pueden llegar a recibir— ocuparon sus estanterías, cajas y archivadores con un determinado tipo de documentos. Un tipo particular, puntual, bien definido.

Allí, tradicionalmente, se les dio cabida a las grandes obras, a los grandes autores (¿hombres blancos, generalmente?), a los grandes trabajos (académicos, sobre todo), al gran discurso (el dominante, el hegemónico), a las grandes historias (la oficial, la del vencedor), a las grandes editoriales...

"Grande" es el adjetivo común a todos esos sustantivos. Grandes eran también los edificios. Grandiosos, más bien. Imponentes en su aspecto, tamaño y estructura. Espacios de alta cultura y de civilización. Lugares donde reposaban los saberes y recuerdos de la humanidad.

Pero no todos ellos. Solo los grandes.

Un enorme porcentaje del patrimonio intangible humano quedó fuera. Particularmente, los conocimientos "otros", las historias y propuestas "pequeñas", los documentos "no tradicionales", la palabra hablada, la "voz de los vencidos"...

En un momento determinado, algunos espacios de manejo de saberes y recuerdos tomamos (y me incluyo porque fui y sigo siendo parte activa de ese movimiento) el adjetivo "pequeño" como bandera y comenzamos a plantear otras formas de trabajo, de pensamiento y de acción. Comenzamos a poner la mirada en los detalles: en los papeles minúsculos, en las anécdotas que parecían insignificantes, en esos espacios

mal llamados "márgenes", en las paredes de los barrios populares que gritan a través de sus grafitis y en las comunidades indígenas que lloran en sus tejidos, y en todas esas perspectivas, ideas y actividades "alternativas".

Y encontramos un universo hasta entonces invisibilizado, silenciado, mantenido en la sombra a la fuerza, y a la postre olvidado. Un cúmulo descomunal de aprendizajes y experiencias, de sueños y fracasos, de esperanzas y caminos vividos. Cientos de millones de historias de vida que jamás habían sido tomadas en cuenta por la historia "grande", que nunca habían aparecido en los papeles "grandes", que no habían estado en los estantes de las "grandes" bibliotecas o en las cajas de los "grandes" archivos pero que, le pesase a quien le pesase, también eran parte del patrimonio intangible de nuestra especie.

Nacieron entonces archivos comunitarios, bibliotecas indígenas, museos campesinos, y muchas otras propuestas que, en cierta forma, decolonizaron espacios y procesos, y permitieron que muchos grupos humanos recuperaran una voz no habían perdido pero que, de una forma o de otra, les había sido arrebatada.

Esos profesionales de la gestión del conocimiento y la memoria terminamos llevando esa perspectiva, la de "poner la mirada en los detalles", a los documentos grandes. Y descubrimos historias maravillosas escondidas en rincones ignotos. Nos dimos la oportunidad de observar esos documentos con otros ojos, de tocarlos con otras manos, de pensarlos desde otros lugares. Y nos sorprendimos.

Recordaba todo esto hace poco, con un libro que recibimos en donación como parte de la colección de un científico retirado. Era un ejemplar ya viejito, aunque bastante bien conservado. Hojeando sus páginas, sintiendo el ruido del papel al pasar y el olor inconfundible de los volúmenes añosos, me encontré una nota al margen. Parte de eso que nosotros llamamos "marginalia", y que puede incluir un mundo de cosas.

Esta nota en cuestión subrayaba una oración en particular y, al costado, en lápiz, y entre varios signos de exclamación, apuntaba: "¡Mentira!"

No es la primera vez que encuentro semejante palabra al borde de un libro. Las "marginalia" incluyen numerosos actos de rebeldía, de disenso en contra del discurso dominante y de "lo grande". (Al fin y al cabo, es la voz que reclama desde el margen y al margen). En una ocasión anterior, cuando encontré una nota idéntica, me dediqué a investigar el porqué de ese exabrupto. Y descubrí que la autora de la anotación, una científica, terminó publicando muchos años después un artículo en el que, sin aludir directamente a ello, demostraba que, en efecto, la afirmación del libro anotado era falsa. Una mentira.

Poner la mirada en los detalles, en las cosas "pequeñas", en el discurso y los hechos cotidianos, es darse una oportunidad para toparse con estas historias que también son parte de ese proceso de construcción de conocimientos que llamamos "ciencia". Un proceso que siempre, indefectiblemente, empieza con una pregunta, y surge de nuestra innata curiosidad sobre lo que nos rodea.

Días atrás, moviendo un conjunto de papeles recibidos como parte del acervo de una botánica de nuestra institución, me topé con una agenda suya. Año 1990. Cuando quise pasar las páginas, el cuadernillo fue a abrirse exactamente entre dos hojas en donde la dueña había colocado una fronda de helecho. Seca, allí, desde hacía más de tres décadas.

¿Un detalle nimio? En absoluto. ¿Qué impulso llevó a esa mujer a detener su paso junto a un helecho, cortar una pequeña parte de sus "hojas" y colocar la muestra entre las páginas de su agenda personal? ¿Qué pregunta surgió en su cabeza en ese momento, qué curiosidad? ¿No es eso, al fin y al cabo, el motor principal del quehacer científico y académico? ¿Esa duda, ese asombro ante algo que desconocemos, ese interés por ir un paso más allá y explorar?

Pero hay mucho más: toda una historia. ¿Recordaría nuestra científica que tenía esa muestra allí? ¿Lograría identificarla? ¿Fue, ese pedacito de helecho, el punto de partida para algo más?

Poner la mirada en los detalles permite dar con este tipo de historias. Incompletas, fragmentarias, a veces hipotéticas, pero historias al fin. Para algunos de mis colegas son tonterías, cosas demasiado insignificantes. Quizás sea así. Por mi parte, siempre recuerdo aquella sentencia de Lao Tzu que señala que un viaje de mil millas comienza con un primer paso. Todo gran proceso es la suma de pequeños elementos: diversos, ricos, únicos, diferentes, plurales... Elementos que pueden proporcionar otras perspectivas, una mirada distinta, o un abordaje inédito.

Basta con saber mirar. O con querer mirar, al menos. Y, a partir de ese punto, es preciso tener la voluntad de dejarse sorprender.

Es la base de lo que hacemos los que nos dedicamos a lo que yo hago. Y, si me preguntan, la de la propia ciencia.

Cartas desde la biblioteca

#03. ¿Para qué quieres eso en el archivo?

En un texto anterior compartí con ustedes (o, al menos, con los que se aventuraron a leer la primera de esta serie de "Cartas desde la biblioteca") el asombro de muchas personas que, a día de hoy, todavía no entienden a qué nos dedicamos los que gestionamos conocimiento y memoria.

Entre esas asombradas personas hay muchos científicos.

No es de extrañar. En una compilación que publicó en 2017, la renombrada historiadora de la ciencia estadounidense Lorraine Daston señaló que "...se supone *ipso facto* que la investigación de archivos es de naturaleza histórica, y que cualquier archivo es del tipo investigado prototípicamente por los historiadores: un lugar fijo con una colección curada, generalmente oficial, que consiste en su mayor parte en antiguos documentos inéditos". Añadía que "los archivos son, en su mayoría, invisibles en términos de lugares y prácticas científicas".

En resumidas cuentas: los archivos siguen siendo esos estereotípicos espacios polvorientos y olvidados en los que solo algunos historiadores IndianaJonescos se arriesgan a entrar para intentar poner orden y sentido en una serie de papeles viejos que les puedan arrojar alguna pista sobre algún incidente ignoto de un pasado lejano.

Sin embargo, y como mencionaba en la anterior de estas misivas mías, de un tiempo a esta parte —digamos, en las últimas dos o tres décadas— muchos profesionales de la gestión del conocimiento y la memoria nos hemos dedicado a reformular un poco nuestra profesión y nuestra actividad. A darnos cuenta de que los archivos no solo cuentan las grandes historias ni incluyen solo los grandes papeles.

A poner la mirada en los detalles.

Desde semejante reposicionamiento, nuestro quehacer se convirtió, de golpe y porrazo, en algo bien interesante. (Ya lo era, de hecho, pero las circunstancias mejoraron mucho). La diversidad aumentó, las voces se reprodujeron como por arte de magia, las posibilidades se multiplicaron de manera exponencial... Nos percatamos de que detrás de cada pequeño fragmento de papel, de cada diapositiva, de cada ficha o dibujo, se entrecruzaban un montón de cuentos, susurrando por lo bajo (o anunciando a los gritos) las aventuras y desventuras de otro montón de gente. Todo un universo de personajes variopintos y de narrativas únicas.

Y de esa forma, casi sin saberlo o esperarlo, en el archivo aparecieron historias por todos lados.

En cada rincón. En cada estante.

Y me corregirán si me equivoco en la siguiente afirmación, pero me parece que *a todo el mundo le gusta una buena historia*. En especial la anécdota jugosa, el detalle picante, el chisme recién salido del horno, la invención ingeniosa, la resistencia épica, el melodrama trágico... No sabremos las fechas de las batallas de Napoleón o de Bolívar, pero estoy seguro de que un par de detalles historietescos y chismosientos sí que conocemos. Como la estatura del primero. O los apasionados amores del segundo.

["A la gente le gusta el chiiiiiiiiisme, nene..." solía decir mi tía abuela, buena conocedora y practicante del oficio de chismosa. Y no se equivocaba...]

Esas historias, todas ellas, son los variados hilos que conforman nuestra memoria social y colectiva. Y nosotros, los bibliotecarios, archivistas y museólogos, somos sus tejedores.

[Dice la archivista australiana Sue McKermish (una autoridad en el tema de memoria y archivos) que "el ser humano es la suma de sus recuerdos", y que "la naturaleza de su interacción con otros seres humanos, incluso su propia identidad, está determinada por sus recuerdos"].

Como buenos artesanos, los que hacemos lo que yo hago no estamos dispuestos a descartar ninguno de esos hilos. Muchos de nosotros hemos aprendido a detectar y a identificar las muchas posibilidades subyacentes. Por ende, terminamos guardando en nuestras colecciones elementos que, para ojos externos, parecen carecer de valor. Y entonces tenemos que escuchar la eterna y escandalizada pregunta.

"¿Para qué quieres eso en el archivo?"

[Cejas alzadas, ojos muy abiertos, tono de espanto en la voz. A veces, manos a la cabeza y otras gesticulaciones vehementes. En selectas y memorables ocasiones, interlocutores mesándose los cabellos y rasgándose las vestiduras... Hay de todo en la Viña del Señor, créanme].

"¿Para qué quieres eso en el archivo?", preguntan. Sí. Como si estuviéramos ocupando el sitio de las "cosas importantes" con basura.

Pero nosotros sabemos que ahí, detrás de esa supuesta "minucia", hay toda una historia a ser contada.

O muchas, si se quiere.

Me ocurrió hace unos años con un pedacito de servilleta de papel que encontré en el fondo de una caja polvorienta en las islas Galápagos.

[Imagínense. Un pedacito de servilleta. De una cafetería. Guardada en mi archivo].

El papelito en cuestión tenía una fecha, un lugar, un nombre científico y la firma de la persona que había realizado la anotación. Estaba arrugado y enmohecido. "¿Para qué quieres eso en el archivo?" volvió a resonar la frasecita a mi alrededor. No le di importancia a aquella nota... hasta que caí en la cuenta de que documentaba un avistamiento. Terminé averiguando que ese documento —cualquier soporte material que codifique un fragmento de información lo es— daba cuenta de la presencia de un mamífero marino en un punto específico de la geografía galapagueña muchos años antes de la primera cita registrada en la bibliografía académica.

[¿Por qué ese pedacito de papel no había sido tenido en cuenta hasta entonces? Probablemente porque el que lo firmó no fue un científico sino un ignoto guía turístico. Y la historia, al fin y al cabo, la suelen contar los poderosos.

Y... claro, porque era una servilleta. ¿Qué biólogo, qué historiador, qué autoridad académica va a querer sustentar sus afirmaciones en una servilleta?]

Lo mismo me ha estado ocurriendo en nuestra institución, especialmente a la hora de pedir a las personas que componen nuestros equipos que no descarten ni tiren papeles. Que no tiren nada, en realidad. Porque muchos de esos elementos que esa gente considera "inútiles" pueden ser bien valiosos si se los sabe poner en contexto. O si uno sabe ver los hilos que los atraviesan, las voces que conservan... "¿Para qué quieres eso en el archivo?" me preguntan, algo molestos. "¡Déjame tirarlo! ¡No es más que basura!" Quizás una parte lo sea, y yo mismo me ocuparé de destruirla y descartarla. Pero apuesto lo que quieran a que en cada una de esas cajas que buscan borrar del mapa hay mucho por rescatar.

Por ejemplo, cuadernos de campo con dibujos únicos, esbozados con un lápiz en algún rincón del bosque panameño hace medio siglo. O los esquemas preliminares de los senderos de visita en cierto Monumento Natural. O listados con datos de anillamiento de determinadas especies de aves. O tres centenares de fotografías de determinadas

excavaciones arqueológicas que marcaron un hito en la historia centroamericana. O los dibujos originales del primer libro con la descripción sobre un determinado grupo biológico...

De modo que la próxima vez que vayan a descartar papeles viejos, piensen que los que trabajamos en mi línea de acción podemos conservarlos, y mirarlos desde otras perspectivas, y contar historias con ellos.

Y la próxima vez que entren a un archivo y encuentren un batiburrillo de objetos, a cuál más diverso y curioso, no pregunten "¿para qué quieres eso...?"

Pregunten, más bien, por la historia que hay detrás. Estaremos encantados de contársela.

Cartas desde la biblioteca

#04. Las personas tras las cosas

Entre sus muchas obras maestras del arte renacentista alemán, el pintor Albrecht Dürer (Alberto Durero, para sus amigos latinos) produjo, hacia 1498, un autorretrato.

Recuerdo —como si lo estuviera viviendo nuevamente mientras tipeo estas palabras— el momento en el que lo tuve por primera vez frente a frente. Yo tenía 12 años, era un niño introvertido e inmigrante en una tierra extraña, adoraba el arte, y ponía los pies por vez primera en el Museo del Prado, en Madrid: un auténtico sueño hecho realidad para aquel proyecto de persona que yo todavía era por entonces.

Encontré el cuadro en cuestión en un rincón. Era —sigue siendo— mucho más pequeño de lo que yo imaginaba, y a la vez mucho más hermoso. Y fue exactamente en el momento en el que miré ese retrato cuando me di cuenta de que el autor me devolvía la mirada desde la superficie de aquel óleo. A través de los siglos.

Recuerdo haber echado un vistazo a mi alrededor, estupefacto, y haber pensado, no sin un poco de sobrecogimiento, que en cada retrato colgado en las muchas salas de aquel museo había gente que me miraba desde el otro lado del tiempo y del silencio. Algunas sonreían, otros estaban serios. Y entendí, un poco difusamente (tenía 12 años), que aquello era otro de los muchos intentos humanos por escapar a la muerte y al olvido, y por lograr alcanzar cierta inmortalidad.

Porque si nos recuerdan, no morimos del todo.

[Escribió alguna vez Orhan Pamuk, el novelista turco ganador del Nobel de literatura en el 2006, que los museos son lugares en los que el tiempo se transforma en espacio...]

Desde aquel punto en mi cronología personal, en cada museo que visitaba —y han sido muchísimos en todas estas décadas de vida— no solo me dejaba impresionar por el aspecto y el mensaje de la obra. También buscaba a las personas tras ellas. Y no solo a los representados, sino también a los representantes, a los artífices, a los artistas. De esa forma me percaté de los golpes de pincel y de espátula que podían apreciarse en las superficies de los lienzos, o de las marcas de los dedos de los alfareros en esta o aquella vasija, o de los trazos del cálamo sobre los papiros, o de los nudos y los cruces de fibras en los canastos...

[Y, especialmente, me percaté de los errores. Puede decirse que los buscaba: los borrones, los tachones, un nudo mal hecho en un tejido, un cruce mal pensado en un cesto, un detalle fuera de simetría en una cerámica... Los errores son (o suelen ser) la prueba tangible de que un ser humano estuvo allí].

Cuando comencé a estudiar bibliotecología, me apasionaron las materias que tuvieran que ver con el manejo directo de documentos. Especialmente la clase de paleografía, en la que trabajé con textos notariales coloniales del siglo XVII en la ciudad de Córdoba, en Argentina. Los trazos de la pluma, los tachones, las glosas, las abreviaturas, la elección de tal o cual término: la persona productora del documento estaba allí, viva aún. Más allá de dar pistas sobre el momento histórico, o de proporcionar información vital acerca de los procesos sociales, económicos y políticos de aquellos tiempos pretéritos, esos papeles presentaban las marcas físicas, tangibles, de la presencia de una persona real. Una que había respirado sobre esos pliegos y que había dejado sus huellas en ellos más de trescientos años atrás.

En la universidad, a los bibliotecarios no nos enseñan a poner la mirada en esos detalles. Ni en esos ni en ningún otro. Nos suelen educar para ver determinados elementos en un documento, y poco más — un abordaje demasiado técnico, bastante limitado, y que en muchas ocasiones pierde cierta humanidad y toda creatividad. Para la línea más ortodoxa y dura de mi profesión, desviarse de esa aproximación aséptica y

"objetiva" del trabajo bibliotecario es típico de soñadores, quijotes, literatos... e imbéciles fracasados. No es bibliotecología: es cualquier otra cosa.

Así, un análisis paleográfico, que para mí siempre ha sido una ventana pequeña por la que asomarme al pasado, para ellos es una simple y llana transcripción. Punto.

En ese contexto, yo no pude evitar ser un quijote (¿o un imbécil fracasado?): poco a poco me fui interesando cada vez más en las pequeñas cosas que delataban a las personas detrás de ellas. Las marginalia, por ejemplo —las cuales ya he mencionado en una entrada anterior— suelen ser para mí una fuente inagotable de sorpresas y diversión.

[Todo un universo de comentarios, insultos, observaciones, insultos, correcciones, insultos, obscenidades...]

[...insultos...]

También lo son ("fuente inagotable de sorpresas y diversión", digo — olviden los insultos) los pequeños fragmentos de documentos que, para ser entendidos, precisan de todo un trabajo detectivesco. O aquellos imperceptibles guiños al lector que aparecen estratégicamente colocaditos aquí y allá. O esos elementos que, bien mirados, dicen mucho sobre el carácter de la persona que los produjo, o sobre su humor en ese momento, o sobre su situación...

Me encanta poner la mirada en esos detalles. Porque cuentan historias (y, como dije en mi entrada anterior, *a todo el mundo le gusta una buena historia*). Y porque me dan acceso al universo que hay detrás del telón: a los quilombos ("líos", en argentino) personales, a las peleas, a las trifulcas, a las intrigas palaciegas, a las traiciones...

A los amoríos...

Recuerdo que hace unos años conté, en una serie de cartas muy similar a esta (pero en una institución bien diferente), la historia de una postal de amor que encontré guardada en una caja abandonada en el archivo. Honestamente, nunca logré averiguar cómo llegó esa tarjeta al archivo institucional, ni por qué fue conservada; supongo que alguien la guardó y luego, barajada y oculta entre tantos papeles viejos, pasó desapercibida.

Pero no para mí.

[Inserte aquí el motivo musical de "El bueno, el feo y el malo" de Morricone. Sí, el silbido. Tu-ti-tu-ti-tú... Y la mirada de Clint Eastwood desde debajo del sombrero].

Se trataba de una misiva de una académica que, en un congreso, había conocido a unos de los científicos de mi institución y había mantenido con él lo que parecía haber sido un tórrido (realmente tórrido) romance. Terminado el evento, se habían separado. Pero, al parecer, ella no lo había podido olvidar. Y, dado que había guardado la postal, parecía que él tampoco. El dato curioso fue que no había nombres en el texto, solo iniciales, así que no sabíamos exactamente de quiénes se trataba.

La historia desató pasiones e interés. Tuve a los miembros de aquella institución, desde el más alto nivel jerárquico al más bajo, devanándose los sesos durante semanas para averiguar la identidad de los amantes. Finalmente lo logramos. Para nuestra decepción, no habían acabado juntos. Había sido una historia de amor fallida. Un final triste.

Con el tiempo terminé hablando con uno de ellos. Con él. Anciano ya, y el único sobreviviente de aquella improbable pareja. Y cuando le conté la historia de esa postal, se le llenaron los ojos de lágrimas. Si bien se había casado, había armado una familia y era un abuelo feliz de media docena de nietos, extrañó a la mujer de la postal cada día de su vida, y siempre se preguntó qué hubiera ocurrido si...

[Lo sé: suena peliculesco. Comedia romántica llorona de Netflix. Pero les prometo que es la pura verdad].

¿Qué importancia puede tener semejante anécdota cursi en una institución científica? En ortodoxos términos académicos, ninguna. Sin embargo, desde un abordaje más amplio e integral, tiene mucha. Nos recuerda que las investigadoras o los científicos son seres humanos con historias propias, preocupaciones, sueños, un carácter horrible o una sonrisa eterna en la cara. Nos muestra que detrás de las cosas, del patrimonio cultural tangible, siempre hay gente — gente como nosotros. Como ya he dicho en otras de estas cartas, detrás de cada elemento en este mundo hay una historia. Una historia hecha de pequeños fragmentos.

Y es así cómo nos enteramos de que el descubrimiento de una especie determinada de ave del bosque lluvioso estuvo precedido por dos semanas de picaduras de garrapatas e incontrollable diarrea explosiva y tuvo muy poco de glorioso — y que todo eso se reflejó en el curioso e incomprensible nombre científico del pájaro en cuestión. O de que los viajes de exploración en aquel río tan pintoresco terminaron en la boda entre dos de los implicados — boda de la que nació descendencia que continuó el trabajo de sus progenitores en el mismo sitio, con el mismo tema. O, incluso, de que tal o cual respetada personalidad de la Academia era, en la práctica, todo un abusador emocional. Un absoluto cabrón. O algo peor.

Ver a las personas que hay tras las cosas, especialmente en ciencias, ayuda a humanizar el discurso, a veces demasiado "objetivo" y aséptico y, otras, demasiado heroico y épico. Ayuda a enriquecer el relato y la mirada, a hacerlo más amplio y diverso, y a incluir en la narrativa a un montón de personajes, situaciones y acontecimientos que, si bien parecen tontos y anecdóticos, resultan significativos una vez que se agrupan.

Y, sobre todo, ayuda a conectarnos con esos tiempos y lugares en donde esos eventos sucedieron. En donde esa gente, toda esa gente, estuvo.

De ahora en más, cuando observen un cuadro, o una fotografía antigua, o una diapositiva de hace tres décadas, o una estatuilla prehispánica, o incluso un post de Instagram o un video de Tiktok, los invito a que vean un poco más allá: a las personas que les devuelven sus miradas, y a todas aquellas que pusieron sus manos al servicio de la preservación de nuestros saberes y recuerdos. Descubrirán todo un mundo. Muchos, en realidad.

Y verán lo mismo que vemos algunos de nosotros, los que conservamos el conocimiento y la memoria humana, cada vez que nos acercamos a uno de esos documentos.

[Tu-ti-tu-ti-tú...]

Cartas desde la biblioteca

#05. Esas cosas viejas que tienes por ahí...

Ocurrió hace unos seis años, en un lugar del que no logro acordarme — llevo demasiado tiempo en esta profesión mía, y las geografías, las caras, las voces y los temas se me empiezan a difuminar, a mezclar, y no siempre de la forma más sutil. Me habían encargado recibir, en la biblioteca-archivo-museo que lideraba en aquel entonces, a un grupo de estudiantes de primaria. Contarles lo que hacíamos, por qué existíamos, por qué deberían visitarnos y usar nuestros servicios... Ya saben: hacer todas esas cosas que mucha gente dentro de la propia organización espera que uno haga, y dar todas esas respuestas que muchos de ellos esperan que uno tenga.

[Spoiler alert: No siempre las tenemos. No siempre las buscamos. Y algunas de ellas no nos preocupan, la verdad sea dicha].

El caso es que ahí estaba yo, un ser vivo que suele preferir la compañía de papeles mohosos a la de humanos vivientes y respirantes y preguntantes, rodeado de una caterva de chiquillos. Dos docenas de pequeños bonsai de persona armando bulla, toqueteando todo, desordenando todo (oh, dioses del Valhalla...) y mirándome como si yo hubiera salido de una de las gavetas en las que almacenábamos los manuscritos antiguos.

[Semejante percepción no era demasiado errónea, por cierto].

Comencé a contarles por qué existíamos. Qué hacíamos. Qué beneficios tenía nuestro trabajo para la comunidad. Por qué tenían que venir día sí y día también a llenar nuestras salas (además de para la foto oficial, por supuesto). Y tras esos deliciosos párrafos de promoción institucional —esos que generalmente me dejan en la boca un

sabor que mezcla la hiel con el ácido sulfúrico— les mostré algunos de los artefactos / documentos de nuestra colección de archivo.

Disquetes de 3 ½ o 5 ¼, discos ZIP, DATs, CDs... Una selecta muestra de un enorme fondo documental que yo mismo había construido, organizado, descrito y curado personal y pacientemente, muchas veces rescatando material de la mismísima basura.

[Síp. Tengo alma de reciclador. ¿Y qué?]

Aquellos críos miraban los materiales que yo tenía entre manos como si les estuviera mostrando objetos recién sacados de la tumba de Hatshepsut o de la biblioteca de Assur-bani-apli. Les eran igualmente desconocidos, igualmente ininteligibles. Y, debo decirlo, igualmente ridículos. ¿Allí, en ese cuadradito de plástico, se guardaba menos de un mega de información? ¿Alguien estaba feliz —u orgulloso— de manejar información de esa manera? ¿O de escuchar música usando una larga cinta fina y marrón que se enredaba por nada y que, de acercarse a un imán, se borraba? Es más: ¿cómo se compartía todo eso? ¿Cómo se mandaba a un amigo, a un conocido?

["Por correo físico", respondió un cándido yo a esta última pregunta. Imaginen las caras...]

No tuve que explicar solo para qué servía cada ítem y qué voluminosos, enrevesados e imperfectos aparatos se necesitaban para leerlos o hacerlos funcionar. También tuve que explicar el contexto. Qué sentíamos y qué hacíamos los que convivimos con esa tecnología — que, para mi jovencísima audiencia, de "tecnología" tenía bien poco. Les conté, por ejemplo, que para instalar un programa informático en una computadora se necesitaban 15, 20 o 30 disquetes (esos "cuadraditos de plástico" que tenían delante), los cuales tenían que colocarse en el lector en la secuencia correcta (y cruzar los dedos para que ninguno estuviera dañado y para que no hubiera un corte de luz durante el largo periodo de tiempo que tomaba la instalación).

Para aumentar su sorpresa y sus expresiones de lástima hacia mi persona...

[Y aquí me viene un chiste de la tira cómica "Mafalda", del humorista argentino Quino. Mafalda le pregunta a su padre: "Papá, cuando vos eras chico, ¿qué programa de televisión te gustaba más?" El padre responde que cuando él era chico no había televisión. Mafalda, entonces, pregunta: "¿Y para qué eras chico, entonces? ¡Qué tonto!"]

...les conté que les estaba mostrando cosas digitales / informáticas, que aparecieron en el mundo cuando yo tenía unos 15 años, pero que, antes de eso, las cosas eran mucho más...

...más...

..."primitivas", digamos.

[Gente de mi generación o anteriores: no me odien, por favor. Y, nuevamente, imaginen las caras de mi audiencia...].

Les mostré entonces filminas de las que se usaban con un retroproyector para dictar una conferencia ("esto era nuestro PowerPoint", señalé...), películas de 35 mm y videos VHS ("esto era nuestro Netflix", indiqué...), casetes de audio ("esto era nuestro Spotify", lamenté...), diapositivas ("esto era nuestro Instagram", lloré...).

Incluso me arriesgué a contarles que, para no gastar las pilas de nuestros *walkmans* ("¿walk-quéeee?"), rebobinábamos los casetes de nuestra música favorita con la ayuda de una lapicera.

[En mi época, hacer eso era una auténtica cheveridad... Había que tener una excelente técnica de muñeca... ¡Eso era innovación, y lo demás era cuento!]

Las miradas oscilaban entre el asombro más absoluto y la piedad más infinita. Estaban recibiendo una suerte de lección de arqueología de parte de una suerte de cavernícola recién descongelado que, para más inri, parecía considerar que todas aquellas antiguallas que estaba mostrando eran una suerte de tesoro.

Finalmente, mi charla acabó. Y se fueron, murmurando entre ellos, y mirándome como si acabara de bajarme del DeLorean de Marty McFly en una versión invertida de la famosa película de Zemeckis.

[Y aquí me viene otro chiste de "Mafalda" a la memoria. Un amigo le pregunta a la niña "¿Dónde nació tu papá?" Después de pensarlo un poco, ella responde "Él me dijo que de chico no conoció la televisión, ni el nylon, ni la energía atómica, ni los antibióticos, ni los transistores, ni los aviones a reacción, ni los satélites artificiales, ni los cohetes teledirigidos, ni los lentes de contacto. Así que tiene que haber nacido en el Mato Grosso". Para aquella audiencia infantil, yo tenía que haber nacido en un rincón de la cueva de Lascaux].

Hoy, visto en perspectiva, la reacción de aquel grupo de jóvenes visitantes no me resulta extraña, mucho menos inesperada. De hecho, y siendo muy honesto, creo que es precisamente la reacción que en la actualidad quiero provocar entre aquellos que se asoman a las colecciones que mantengo en el archivo: asombro, incredulidad...

[...un poco bastante de pena...]

...y quizás, tal vez, puede que algo de interés. Colocar sobre una mesa, en hilera, una sucesión de soportes materiales de imagen fija (fotografía), de imagen móvil (video), de audio o de información electrónica, permite entender el desarrollo gradual de ideas y conceptos de conservación y transmisión de información. Permite ver de forma directa el ensayo-error, los formatos que aparecieron y desaparecieron casi como por encanto porque sus resultados no fueron los esperados, las revoluciones tecnológicas,

las soluciones que siempre funcionaron... Todas las disciplinas pueden mostrar semejante movimiento / "evolución" / "progreso" en sus métodos y materiales, y las ciencias de la información no son la excepción.

Y es entendible que para aquellos que no tuvieron esos materiales cerca, que no convivieron con ellos, resulten una antigualla. ¿Cómo nos sentimos nosotros, los cincuentones, cuando vemos los televisores de los años 40, las radios de los años 30, los teléfonos de los años 20, el telégrafo?

[¿Sabemos mandar un telegrama? ¿Mandamos uno alguna vez?]

En mi experiencia directa, creo que esas cosas nos suelen provocar risa. Pero entiendo que, por lo general, se trata de una risa entre curiosa y asombrada. Probablemente porque, muy en el fondo, nos damos cuenta de que tenemos historia delante nuestro: una sucesión de acontecimientos que se han producido en un periodo demasiado breve como para considerarlo "historia". Creemos que eso, la historia, se hace a lo largo de décadas, o de siglos, pero la realidad es que la historia empezó ayer. O hace una hora. O hace cinco minutos. Y crece y sucede y se desarrolla antes nuestros ojos.

A veces, en el periodo de una vida humana, se suceden acontecimientos de una amplitud brutal a una velocidad de vértigo. Los que nacimos y crecimos antes de la aparición de Internet podemos dar fehaciente testimonio de ello.

Los archivos, y los materiales almacenados en ellos —en especial este tipo de materiales, tan llamativos, tan multiformes, tan sujetos a cambios veloces y evoluciones imparables— nos permiten darnos cuenta de ese fenómeno de "historia rápida". De que hemos sido testigos y protagonistas directos de cambios históricos. En las comunicaciones (¿recuerdan la primera vez que mandaron un email?), en el manejo de documentos (¿recuerdan la primera vez que sacaron una fotocopia?), o en la

búsqueda de información (¿recuerdan cuál fue su primer buscador en Internet, antes de la aparición de Google?)

Entiendo que es por esa misma razón que, para muchos de nosotros, estar en contacto con esos materiales nos trae una infinita nostalgia. Estamos tocando historia: nuestra historia, la de nuestras familias, amigos, pueblos y sociedades... A mí, ver un casete de audio me lleva a las copias de Dire Straits que escuchaba a mis 18, cuando comencé la universidad. Tener en las manos una cinta VHS me recuerda esas películas raras que un grupo de amigos muy jóvenes y muy cinéfilos íbamos a buscar entre las estanterías del videoclub del barrio... Los sonidos producidos por una máquina de fax, por las teclas de una máquina de escribir, por los tempranos módems al conectarse, por las Commodore 64 cuando cargaban un videojuego grabado desde un casete: todo eso es parte de mi historia personal.

De la historia de toda una generación, en realidad.

En la actualidad, una disciplina, la "arqueología de los medios", se dedica a recuperar esa memoria, a estudiarla, a darle un sentido y, sobre todo, un contexto. Existen incluso proyectos en línea que recuperan esos sonidos que acabo de mencionar arriba y que los reviven para nosotros, los viejos nostálgicos: los soniditos de los primeros videojuegos, de las caseteras de video rebobinando la cinta, de la aguja del tocadiscos apenas se apoyaba en el vinilo... Y los archivos recuperamos series y más series de materiales de este tipo. Y los atesoramos, y los mostramos, e intentamos darle sentido — aunque nos miren como a bichos raros.

"Pero, ¿para que quieres eso en el archivo?", me siguen preguntando (una pregunta que ya he explorado en estas "Cartas..."). "¡Todos esos contenidos ya están digitalizados en Internet!" Ajá, lo más seguro es que lo estén. Pero no se trata de los contenidos. Se trata de los contenedores. De la materialidad de esas cosas, del objeto

físico y sus características, y de toda la emocionalidad y las vivencias enlazadas con semejantes elementos.

Y de esa magia que sucede cuando uno entiende realmente cuál es el significado, el valor y el poder de una de "esas cosas viejas que tenemos por aquí..".

Cartas desde la biblioteca

#06. Un nudo en el tejido

— Me dijeron que se las entregara en persona. En-per-so-na. Así que aquí se las dejo, doctor — me dijo el hombre, un compañero del área de Operaciones que muestra siempre conmigo la enorme gentileza de llamarme "doctor" a pesar de que yo ni tengo tan título ni creo merecer semejante calificativo. Llegó a mi oficina, en la biblioteca, cargado con un par de viejas cajas de madera y las depositó cuidadosamente sobre una de las mesas. Me indicó que originalmente aquellos materiales habían estado en la estación biológica que STRI mantiene en isla Barro Colorado, estrechó mi mano, y partió raudo a otras tareas, deseándome suerte y confiando en que los paquetes contuvieran algo interesante.

Y lo contenían. Vaya si lo contenían.

A lo largo de los últimos meses me he ido creando una red de "proveedores de cosas viejas" dentro de STRI. Supongo que como mucha gente ha descubierto que cuido y aprecio esos materiales, me los hacen llegar, o me los entregan personalmente. Y yo soy feliz. Absolutamente feliz. Asomarme a esos artefactos y documentos —elementos que a veces han sufrido años de abandono y olvido— es algo similar, asumo yo, a lo que debe sentir un arqueólogo que abre una tumba cerrada por siglos.

[¿A quién pretendo engañar? Lo del arqueólogo debe ser infinitamente mejor. Qué envidia...]

Me acerqué a la mesa. Las cajas habían estado barnizadas, pero de eso hacía mucho tiempo y muchas lluvias: la humedad del bosque tropical panameño había eliminado su brillo original y las había cubierto de una sólida pátina color moho. Los seguros metálicos, de bronce, tenían un toque verdoso, cortesía de una avanzada oxidación, y

desprendían un aroma que se me quedó pegado en las manos medio día. Levanté la tapa de la primera caja, la más pequeña. Y dentro encontré un aparato óptico que identifiqué inmediatamente como un teodolito: un instrumento de medición, similar a un pequeño telescopio, empleado por topógrafos y agrimensores para medir distancias y desniveles y levantar así mapas y planos.

Una etiqueta en el interior de la tapa señalaba que el artefacto en cuestión había sido producido por una compañía de Canadá. Otra etiqueta, más pequeña y adherida a la madera mediante una cinta adhesiva totalmente "fossilizada", indicaba un año: 1935.

"El Canal de Panamá ya estaba terminado", pensé. "¿Qué hacían estas jodas en Barro Colorado?"

[Mis diálogos interiores no siempre son muy académicos que digamos. Ahí les queda el aviso...]

Y en ese momento empezó la aventura. El trabajo de detective. Levantar pistas de aquel ítem, de su contenedor, de sus partes, para intentar averiguar de dónde salió y para qué fue usado exactamente. Encontrar pequeñas piezas y unir las para tratar de armar una imagen que, al contrario de lo que ocurre con los rompecabezas tradicionales, yo desconozco de antemano.

En esa labor, uno va identificando puntos y luego intenta conectarlos — no siempre con buen tino, o de forma adecuada, todo sea dicho. El elemento que uno estudia es siempre, indefectiblemente, parte de algo más grande: es un nudo en un gigantesco tejido de actividades humanas. Una vez uno ubica dicho nudo en tal tejido, pueden seguirse los hilos que lo tocan, y a través de ellos es posible identificar personas, instituciones, investigaciones, historias, anécdotas, lugares y tiempos relacionados...

Y es entonces, y solo entonces, cuando todo cobra sentido.

[Con mucha suerte y la ayuda de todos los dioses del Olimpo y el Valhalla].

El teodolito que yo tenía enfrente había sido usado por alguien para hacer algo, en un sitio determinado, en un momento particular. ¿Había fotos, diarios, notas, planos, planes, directivas, informes, ilustraciones, artículos, libros...? Probablemente ese alguien fue parte de un equipo, trabajó para una institución u organismo. Seguramente, si trabajó en Panamá, se embarró hasta las rodillas, se lo comieron los mosquitos y las garrapatas, se empapó bajo la lluvia, durmió en un catre en algún sitio, comió platos locales, sudó bajo los cielos tropicales... Quizás se enfermó, tal vez se agotó... Si era extranjero, habrá escrito cartas a casa, contando todo o parte de eso, de sus vivencias... Ya les hablé de "las personas tras las cosas", ¿verdad?

¿Qué sentido tiene conservar el artefacto si no conocemos sus muchas historias, si no somos capaces de encontrar y escuchar (¿y de aprender de?) lo que tiene para decirnos?

Hay un concepto que es central, diría que esencial, en las ciencias de la información: el de "documento". Es un concepto muy discutido, disputado incluso, porque de su definición, más amplia o más estrecha, depende lo que hacemos los profesionales de esas disciplinas en nuestro día a día. La más amplia, producida por Michael Buckland en los 90', señala que cualquier artefacto o elemento capaz de transmitir información debe ser considerado un documento. Esa es la que yo utilizo, basándome en mi experiencia de años trabajando en diferentes y muy variados espacios en América Latina. Pero la bibliotecología convencional tiende a rechazarla: imaginen que, de aceptarla, una biblioteca latinoamericana debería incluir, entre sus colecciones, textiles y retablos andinos, grafitis urbanos, cerámicas y cestos del Amazonas, peinados afro-antillanos...

[¿Se imaginan una biblioteca así de completa, así de diversa, así de plural? ¡Qué cheveridad...!]

En una conferencia que dicté hace unos años sobre este tema, un estudiante de bibliotecología alzó la mano durante el turno de preguntas y me espetó que si yo era tan cándido como para creer que la etiqueta en la oreja de una vaca que va al matadero era un documento. Yo le respondí, tranquilamente, que sí, que lo era...

["Un documento". Lo de "cándido" lo podemos discutir...]

Le dije que esa etiqueta daba cuenta de la identidad y el destino de un ser vivo que estaba a punto de convertirse en un producto alimenticio para gente como él. Que esa etiqueta podía enlazarse con otros muchos documentos: registros, sobre todo. Que había miles de historias detrás de esa etiqueta.

La catarata de denostaciones que siguió a tal respuesta no es reproducible en un espacio decente como éste...

[Sí: aunque no lo crean, las conferencias de bibliotecología pueden ser lugares intensos].

Ocurre que la bibliotecología tradicional aún cree que las bibliotecas son lugares de "alta cultura" en donde solo los libros y algunos artículos académicos, tesis y enciclopedias, tienen un lugar preferente. Algunas otras cosas pueden llegar a sus estantes: mapas, fotos, películas... Pero esos elementos son "colecciones especiales". Es decir, no son [tan valiosos como los] libros.

Y todo lo demás es, en todo caso, "carne de archivo". O, simplemente, basura: cosas de las que no deberíamos preocuparnos siquiera, mucho menos conservar.

[Y ahí entraríamos en una discusión de vieja data y todavía sin respuesta definitiva: ¿por qué fragmentamos nuestro patrimonio cultural entre bibliotecas, archivos y museos? Y en otra mucho más espinosa, y que tiene que ver con una cuestión de

colonialismo: ¿por qué seguimos considerando que en nuestras bibliotecas se almacena "la alta cultura" (o "la verdad") y que en ellas no debe haber espacio para cierta "basura"?]

Volviendo a mi idea de "documento", el teodolito lo es. Un nudo / nodo en una gigantesca red de elementos y relaciones a ser descubiertas y analizadas. ¿Quién sabe lo que habrá detrás de esos bronce oxidados y esas maderas comidas por la humedad?

Y si hago extensiva esa perspectiva y esa propuesta a cada uno de los elementos que gestionamos en la biblioteca y el archivo de STRI... ¿alcanzan a ver la magnitud del proyecto?

Mi cabeza volvió al objeto que tenía ante mí. Y comenzó a planificar, ella solita, los pasos a dar. Debía tratar la madera con bicarbonato, vinagre y agua para eliminar los mohos, con alcohol para tratar ciertas manchas y decoloraciones, y con limón y aceite de oliva para rehidratarla y protegerla. Debía destornillar y desmontar las partes metálicas del estuche y sumergirlas en vinagre puro, y frotarlas cuidadosamente para eliminar el óxido, y protegerlas luego con aceite mineral para evitar que volviesen a deteriorarse. Y debía revisar el instrumento en sí: lo más probable es que los lentes estuviesen dañados y no pudieran volver a utilizarse, pero al menos podría recuperar, muy de a poco, el resto de la estructura. Y, mientras tanto, comenzaría a buscar datos sobre el fabricante, revisar si existían registros con números de serie o patentes, confiar en que hubiera cuadernos de ventas en algún archivo dedicado a la historia industrial...

¿Quién sabe? Con un poco de suerte y un mucho de tesón, podría hacer hablar a ese "documento" un poco mohoso y otro poco oxidado que me acababan de entregar "en persona". Y, si lo lograba, quizás pudiera tirar de la punta de ese ovillo y desenmarañar una historia grande.

O pequeña. Tanto da. Sería, eso sí, una historia toda nuestra.

En eso estoy, hoy por hoy. Ya les contaré cómo me va. Aunque lo más probable es que la próxima vez que hable de este teodolito sea para extenderles una cordial invitación a que vengan a verlo exhibido en la biblioteca.

En-per-so-na. Como debe ser.

Cartas desde la biblioteca

#07. Enredadas, como las cerezas

No entendí el significado del viejo refrán castellano "las palabras y las cerezas, unas con otras se enredan" hasta el día en que intenté sacar un par de cerezas de un enorme canasto lleno de ellas, recién cosechadas, allá en el valle del Jerte, en tierras de Extremadura, al oeste de España. Los cabos de las cerezas se enganchan con los de sus vecinas creando ramilletes enmarañados. Sacar sólo una es bien difícil: todo un manojito se viene detrás, enredado.

Con las palabras suele pasar lo mismo. Supongo que eso es lo que la antigua sabiduría de los campesinos castellanos quiso plasmar en el refranero.

Y, si lo pensamos bien, ocurre algo similar con las ideas. O, al menos, eso estoy viviendo yo en los últimos tiempos.

Les cuento. Resulta que estoy comenzando a elaborar una "Bibliografía histórica" de STRI en "Donde habitan las palabras", el proyecto de humanidades digitales / plataforma virtual de la Biblioteca & Archivo. Así que me puse a investigar juiciosamente. Y, respetando el necesario y conveniente orden cronológico, comencé mi trabajo con los documentos producidos en la muy famosa Smithsonian Biological Survey of the Panama Canal Zone (1910-1912).

[Si no conocen la historia, no se preocupen, porque también estoy elaborando una "Cronología" (paralela a la "Bibliografía..." anterior) en donde iré recogiendo todos esos hechos].

Una de las fuentes más completas (y a la vez concisas) sobre ese proyecto resultó ser un artículo comprendido en las *Smithsonian Miscellaneous Collections...*

[Si no saben lo que son las SMC, consulten la sección "STRI en BHL" en "Dónde habitan las palabras". ¿Enésima y desvergonzada auto-promoción...? Noooo: se llama "mar-ke-ting"]

...titulado precisamente "Smithsonian Biological Survey of the Panama Canal Zone" e incluido en el acápite "Expeditions organized or participated in by the Smithsonian Institution in 1910 and 1911" (*SMC*, 59 (11), July 1912, pp. 15-26).

El texto describe a los participantes de la Biological Survey, sus tareas y sus viajes, y tiene una serie de fotos bastante interesantes que, en primera instancia, me parecieron tomadas por dichos participantes — los científicos encargados de la Survey, quiero decir. Sin embargo, una de ellas —la de un hombre parado delante de unos enormes pastizales en Mindi, en la Zona del Canal (p. 25)— me llamó la atención. "Photograph by Hitchcock", decía al pie.

No había habido ningún Hitchcock en la lista de investigadores que trabajaron en la Biological Survey. Pero ese apellido me sonaba. Mucho. ¿De dónde?

En ese momento mi otro yo, un personaje chiquito e intenso (e insoportable, pero no le digan que dije eso) que me alquila un cuarto en algún rincón del interior de mi cabeza, y que tiene la misma maldita memoria fotográfica que yo tengo, me indicó que nos habíamos cruzado con ese nombre en un artículo de Pamela Henson.

"Ajajá..." sonreí. Henson había publicado un texto sobre la Biological Survey en un número especial de la revista *Environmental History* (21 (2), April 2016, pp. 222-230). El documento me había llamado la atención porque la bibliografía incluía recursos archivísticos del Smithsonian — algo que no resulta muy habitual. El nombre de Hitchcock aparecía un par de veces en esa bibliografía.

Mastiqué las evidencias un rato. Y supuse que el tal Hitchcock habría sido un viajero que había estado en Panamá en la época de la Biological Survey, que había sacado un par de fotos chéveres en la Zona del Canal, y que era amigo de uno o varios de los científicos que estaban trabajando allí y, por ende, les había cedido las imágenes para sus publicaciones.

"Ajajá..." sonrió mi otro yo, imitándome (pobrementemente). Si Henson había incluido ese nombre entre los recursos archivísticos relevantes en relación con la Survey, sería necesario revisarlo. Las ideas comenzaban a engancharse entre sí, como las cerezas, y eso, para mí siempre es una buena noticia. Los caminos que se ramifican —en diez, en cien, en mil— llevan a mucho más que un único destino o un solo punto en el horizonte.

Resultó que Albert Spear Hitchcock, que así se llamaba el fulano, había sido un botánico estadounidense especializado en pastos y había llevado a cabo una expedición científica por América Central —incluyendo Panamá, por supuesto— en el mismo periodo en el que se desarrollaba la Biological Survey (aunque si ninguna relación con ella, y sin demasiados resultados relevantes en relación con la flora panameña). Había tomado, eso sí, un par de fotos interesantes en el Canal.

Incluyendo la de los pastizales.

[El hecho de que Hitchcock fuese un investigador de pastos solventó una duda existencial que teníamos mi otro yo y yo: ¿por qué ese buen hombre fue a fotografiar precisamente esas plantas, por muy altas que fueran, habiendo toda una selva exótica con cientos de especies no identificadas rodeándolo...?]

Revisando los fondos digitales de Smithsonian Archives, descubrí que años después de esa expedición, en 1923-1924, Hitchcock había vuelto a visitar Panamá, esa vez en ruta hacia Guayaquil, en un viaje en el que planeaba estudiar las gramíneas de los Andes

ecuatorianos, peruanos y bolivianos. Durante su paso por la Zona del Canal —que describió en una escueta página y media de su diario personal, escrito con una caligrafía prácticamente ininteligible— volvió a tomar un número interesante de fotos, incluyendo algunas de isla Barro Colorado (BCI, por sus siglas en inglés). Una de ellas, que muestra los tocones de los árboles sobresaliendo del Lago Gatún, me quedó grabada — probablemente porque es una de las imágenes que más me llamaron la atención durante mi primera visita a la isla.

Más cerezas en el racimo. Y yo seguía tironeando.

Desde allá dentro, mi otro yo me agujoneó. "¿Será que esas fotos del tal Hitchcock habrán sido publicadas en algún otro sitio?"

El muy condenado me conoce y sabe que no me voy a quedar sentado de brazos cruzados ante una pregunta sin respuesta. Así que me fui a mi lista de temprana bibliografía sobre STRI, Panamá y Barro Colorado y, tras las *Miscellaneous Collections* y los *Annual Reports*, el primer libro publicado sobre el tema fue *Jungle Island*.

[Algo que todos ustedes ya saben porque han leído la entrada que le hemos dedicado a esa obra en la sección "Tesoros" de "Donde habitan las palabras", ¿cierto?]

[Dedos de mi mano derecha tamborileando sobre la mesa rítmicamente, tucutucutú-tucutucutú *]*

[¿¿Cierto??]

Jungle Island fue un libro producido por Warder C. Allee y Marjorie Hill Allee. Marjorie era una excelente escritora, especialmente en el área de divulgación para público juvenil, y su esposo, Warder, era un zoólogo de renombre. Ambos viajaron a Panamá en el invierno de 1923 y estuvieron trabajando en la "jungle island" del título: Barro

Colorado. Y escribieron un relato sumamente entretenido (y educativo) de sus andanzas por tierras panameñas.

Pero no, no incluyeron ninguna fotografía de Hitchcock en sus páginas. Sí colocaron imágenes tomadas por ellos mismos, o prestadas por el custodio residente de BCI, el inefable James Zetek, o por el naturalista alemán Otto Lutz, que para aquel entonces ya llevaba varios años viviendo en Panamá, y cuyas labores en el país merecen un cuento aparte.

Una de las fotos más interesantes de Lutz incluidas en ese libro —el primero dedicado enteramente a Barro Colorado, por cierto— muestra la célebre "Shannon Shack", una cabaña un poco improvisada que los científicos visitantes utilizaron durante mucho tiempo para sus observaciones en medio del bosque lluvioso. La foto se enganchó, cual cereza, con un fragmento de tradición oral almacenado en algún pliegue de mi memoria: una conversación con un guía naturalista de la isla que me contó que esa había sido la primera construcción en levantarse allí.

Pero... ¿y ese tal Shannon...?

Antes de que pudiera completar la pregunta, mi otro yo ya me estaba tironeando de la manga insistentemente, sugiriéndome (¿sugiriéndome?) que siguiéramos enredando cerezas, nomás. ¿Cómo resistirme? Cuando uno tiene la punta de un ovillo en la mano y alma de gato, como la que yo tengo adentro, no puede aguantar el impulso.

Raymond C. Shannon fue un entomólogo estadounidense que pasó los meses de junio y julio de 1923 estudiando mosquitos y otros insectos en Barro Colorado. Al menos eso afirmó él mismo en uno de sus artículos (*The occurrence of Phlebotomus in Panama. Journal of the Washington Academy of Sciences*, 16 (7), 1926, pp. 190-193). Y no es mentira: el primer *Report of the Canal Zone Biological Area* —que hasta el momento existe solo como copia mimeográfica en el archivo de STRI, y que fue producido por

Thomas Barbour en 1925— confirma esos hechos y añade que fue "el primero en vivir en la isla", la persona que "construyó y vivió" en la "Shannon Shack", y la que "decidió el sitio en el que finalmente se decidió emplazar los edificios" de la estación científica en BCI.

Y ahí, en ese punto, decidí detenerme. Ya había estado bien: de papel en papel, de cereza en cereza, había viajado en el tiempo desde la Biological Survey hasta los inicios del Institute for Research in Tropical America, antecesor del actual STRI. Le endiñé un té de tilo imaginario y bien cargado a mi otro yo para que se calmara, y le eché una mirada panorámica a ese pequeño tejido histórico-memorioso que había bocetado en cuestión de minutos. ¿Cuántos elementos más podría agregarle? ¿Saldrían del canasto sólo las ricas cerezas maduras, o también saldrían las verdes, las agusanadas, las podridas, las rotas...? ¿Cuántas bifurcaciones, ramificaciones, vueltas y revueltas tendrían esos caminos que se irían creando antes mis ojos? ¿A dónde me llevarían? ¿Cuántos hilos se necesitarían para completar el tejido? ¿Qué imagen mostraría tal textil al final?

Recién había terminado, y ya tenía ganas de volver a empezar. Y eso es una de las cosas interesantes sobre tejer memorias: cuando uno empieza, no puede parar.

Casi lo mismo que cuando uno se pone a comer cerezas, ¿no?

Cartas desde la biblioteca

#08. Esta biblioteca está siempre vacía...

"Esta biblioteca está siempre vacía. ¡Una biblioteca debería estar llena de gente...!"

[Aveiiiiiiiiia...]

Da igual en qué momento lean esto: la frase "para que una biblioteca sea una biblioteca de verdad tiene que estar llena de gente" lleva circulando desde mediados del siglo XIX. Hasta hoy.

[Literalmente. La acabo de escuchar esta misma mañana. Aveiiiiiiiiia...]

No sé si ese comentario se usó antes. La verdad, no me lo imagino en tiempos pretéritos. No veo, por ejemplo, a Sargón de Nínive, "señor de la totalidad de las cuatro esquinas del universo, incluyendo a todos sus regentes"...

[Sí, así se hacía llamar, el modesto muchacho. Šar kiššat kibrāte ša napḥar malkī kalīšunu. Por lo menos así lo dejó plasmado, en cuneiforme, en varios murales de Nínive, la capital de los asirios].

...diciéndole a su jefe de bibliotecarios: "Sumercé bonita, esta biblioteca vive vacía... Hágame el favor y me la llene...".

[Me salió un Sargón medio colombiano... Qué pena con ustedes...]

A lo que iba: la frase "la biblioteca está vacía, tienes que llenarla de gente" la oímos mucho, nosotros, los de mi rubro. En un mundo en donde la efectividad y el impacto se miden a través de resultados cuantitativos, y no por las características de los procesos

o por elementos cualitativos, una biblioteca cuyas estadísticas semanales no alcancen determinadas cifras está, en muchos casos, condenada a perder su financiación y su personal y, a largo plazo, a que la cierren.

[A veces los que toman las decisiones no esperan un "largo plazo" y proceden de una vez a la muerte súbita. Creo que ya les dije, en otra de estas cartas, que mi profesión es bien entretenida, ¿no? "Exciting and challenging", dicen...]

Para salvar el cuello, muchos trabajadores de bibliotecas (y archivos, y museos) "inflan" los números.

[Nada nuevo bajo el sol. No se escandalicen].

Porque no importa la innovación en los servicios, el detalle en las actividades, la belleza de los productos y resultados finales, o las propuestas pensadas a largo plazo para garantizar la sostenibilidad: si las salas no están a rebosar de gente, si las gráficas ascendentes no se salen del PowerPoint y trepan por la pared hasta el techo, los resultados no son aceptables.

Y la pregunta que nos hacen entonces pende sobre nuestras cabezas como la espada del pobre Damocles: "¿para qué queremos esa biblioteca, si no está dando los resultados esperados?"

[Emoji de carita con ojitos aguados. Emoji de carita chillona. GIF de gatito. Más GIFs de gatitos. Todos los GIFs de gatitos que tengan...].

Los bibliotecarios (y los archivistas y los museólogos, aunque no tanto) somos un gremio conflictuado. A finales del siglo pasado vivíamos felices con nuestros libros, y nuestros catálogos, y nuestras jodas, y nuestras salas llenitas de gente, y llegó la internet a nuestras vidas. Y a nuestras profesiones.

Confieso sin vergüenza que fue (o se sintió como) un rechazazo directo a la mandíbula con un guante lleno de tornillos.

Y solo un par de años después nos llegó el libro electrónico. Gancho al hígado, KO técnico en el primer asalto, árbitro contándonos hasta diez, y nosotros allí tirados sin saber qué fue lo que nos arrolló, ni cómo fue que ocurrió.

Tuvimos una enorme crisis de identidad. "¿Para qué servimos ahora, para qué existimos, si lo que hacemos no tiene valor, si todo está en la internet, si Google responde todas las preguntas? ¿Para qué acumulamos libros en nuestras estanterías si cualquier Juan-de-los-Palotes puede llevar dos o tres mil libros digitales en un chirimbolo del tamaño de un pañuelo de narices?"

[No sé si les quedan GIFs de gatitos, o caritas lloronas y tristes. Agréguelos aquí a su gusto].

Fue por esa época —inicios del nuevo milenio: tiempos añorados, cuando yo era joven y tenía pelo...— que comenzamos a redefinir nuestro nombre. Ya no podíamos ser "bibliotecarios". La palabra "biblioteca", composición de dos raíces griegas, significa "contenedor de libros". Pero ya el mundo parecía no necesitar ni contenedores ni libros. ¿"Infotecarios"? ¿"Científicos de la información"? ¿"Documentalistas"? ¿"Profesionales de las disciplinas del conocimiento"? Nadie se aclaraba. Nadie sabía para donde ir.

Lo que sí sabíamos es que, por arte de birlibirloque, nuestras salas de lectura habían empezado a vaciarse. Los préstamos se habían ido reduciendo. Las consultas habían ido menguando. Y nuestros supervisores y jefes, nuestros Sargones particulares, sentados en sus oficinas y mirando nuestras estadísticas, habían empezado con eso de "sumercé, esta biblioteca vive vacía...".

Nos dijimos entonces que era necesario meterse de cabeza en ese nuevo mundo digital — ese que nos había caído como una trampa marca ACME lanzada exitosamente por el coyote de turno contra nosotros, pobres correccaminos que no corríamos nada. Aprendimos a movernos en la internet, pues, y creamos bibliotecas digitales... De hecho, cambiamos tanto el paradigma que nos olvidamos de quiénes éramos —y estoy hablando de siglos de historia— y nos convertimos en otra cosa. "La biblioteca será digital o no será", dijo algún iluminado; "el libro ha muerto", dijo otro pobre desgraciado de esos...

Y nuestra confusión y nuestros niveles de estrés y ansiedad subían, subían, subían. Y nuestras estadísticas bajaban, bajaban, bajaban.

[GIF de nenita coreana triste. Más GIFs de otras nenitas igualmente tristes].

Para más inri, para colmarnos el vaso y ponernos la guindita roja-escarlata en la punta del pastel, llegaron las redes sociales. La gran novedad. La gente empezó a preferir preguntar en LinkedIn, difundir en Twitter, o compartir en Facebook en lugar de usar bibliotecas que ya estaban medio olvidadas y empezaban a ser algo del pasado.

[Fue tan dura esa percepción de "bibliotecas como algo del pasado" que muchísimos de mis colegas se apresuraron a deshacerse de cualquier cosa que los vinculara, aunque fuera ligeramente, con un pasado "analógico" o "de papel". Así, hubo gente que tiró a la basura sus catálogos de fichas, resultado de años de trabajo por parte de generaciones y generaciones de cuidadosos bibliotecarios, o que hizo un agujero gigantesco en el desierto y enterró miles de sus revistas en papel porque "¿para qué las queremos si ya están digitalizadas y a un clic de distancia en internet...?"]

[Nadie pensó que ese "clic" de distancia les iba a costar miles de dólares... por algo que acababan de enterrar en el desierto. La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida, ay Dios...].

Como decía, la gente abrazó las redes sociales, el enésimo boom tecnológico de la década. Y nosotros nos convertimos en el último orejón del tarro, un cero setecientos puestos a la izquierda.

Pero no nos achicopalamos. Nos metimos en Instagram, le hicimos a Pinterest, abrimos páginas en Facebook y cuentas en Twitter, creamos blogs... Es más: nos pasamos de la raya unos cinco pueblos, fuimos más papistas que el Papa, y dejamos de ser bibliotecarios para ser *influencers* que no sabían muy bien qué era lo que estaban mostrando, ni que discurso estaban vendiendo, ni a quien estaban influenciando, ni por qué, ni para qué...

La crisis de identidad y de valores fue absoluta. Pero en lugar de detenernos, de parar la pelota en medio de la cancha para ver dónde estaba el arco contrario (a los argentinos nos gustan mucho las metáforas futboleras), seguimos corriendo, huyendo hacia adelante a toda velocidad.

Las salas, sin embargo, siguieron vacías.

Al mismo tiempo, las *dark libraries* y otros sitios piratas estaban creciendo y reproduciéndose en línea como honguitos, y cualquiera podía tener libros que a nosotros, respetuosos de las leyes, nos costaban un riñón y nos llegaban a los estantes tres meses después de que todo el mundo ya los hubiera leído.

Y TikTok se convirtió en el nuevo motor de búsqueda de los jóvenes, que ya ni siquiera usaban Google...

...y nosotros allí, paralizados, o corriendo de un lado para el otro diciendo "juepucha, juepucha, juepucha" como un montón de pollitos bajo una inesperada tormenta de granizo.

[GIF de pollito corriendo. Emojis de cabeza de pollito, de pollito saliendo de huevito, de pollito entero].

Fue entonces cuando empezamos a inventar lo que no deberíamos haber inventado. Y todo por culpa de las estadísticas.

Con nuestras salas vacías y nuestros números por los mismísimos suelos, y con un panorama desolador a nuestro alrededor, y con nuestros queridos Sargones chasqueando sus látigos por encima de nuestras cabecitas temblorosas y pollescas, y sin saber muy bien qué hacer al respecto, un número importante de bibliotecas a lo largo y ancho del mundo convirtieron sus salas en otra cosa. La cuestión era llenarlas. Algunos argumentaron que no querían que esos espacios murieran de soledad, pero todos sabíamos muy bien por qué lo estaban haciendo. El caso es que los espacios de lectura fueron transformados en cafés, gimnasios, salas de videojuegos, *chill-outs*, *lounges*, galerías de arte, salas de concierto...

Incluso en lugares para dormir una siesta rápida.

De esa forma, muchas grandes bibliotecas pudieron alcanzar sus objetivos mediante unas estadísticas que, en cierta forma, no eran reales. Porque una biblioteca no es una sala de exposiciones, ni una sala de conciertos, ni una galería de arte, ni un espacio de relax. Puede serlo, claro, pero complementariamente, y siempre y cuando esas actividades sirvan a los objetivos primordiales de la biblioteca: gestionar conocimiento y memoria.

Piénsenlo. ¿Qué diferencia hay entre una exhibición de arte en una galería, y una en una biblioteca? Dejando de lado que una galería es experta en llevar adelante esas actividades y dedica el 100% de su tiempo a ello, y una biblioteca no, la diferencia principal deberían ser los objetivos. Una biblioteca no debería exhibir por el mero hecho de exhibir: eso ya lo hacen las galerías (y mucho mejor, porque, como digo, se

dedican 100% a eso). Una biblioteca debería exhibir para que esos materiales expuestos sirvan de puerta de entrada a sus colecciones, a sus documentos. La exhibición es una excusa para que los asistentes entren a una "ruta de conocimientos" cuidadosamente diseñada con antelación: una que, desde cada elemento de la exhibición, meta al interesado en la colección y le permita recorrerla, descubrirla y entenderla, y le proporcione puertas y ventanas anexas a otras rutas y a otros documentos complementarios.

Lo mismo ocurre con un concierto. Con la presentación de un libro. Con los videojuegos.

[Olvidemos lo del café, el gimnasio y la siesta. Siempre me parecieron despropósitos fruto de la desesperación].

Mientras los bibliotecarios discutíamos todo esto, nos cayó la pandemia encima. Fue el golpe de gracia: como si a Sísifo la maldita piedra, además de rodar cuesta abajo por infinitésima vez, le hubiera pasado por encima. La gente de todo el mundo descubrió (a la fuerza, contra su voluntad, pero lo hizo) que no tenía que ir personalmente a ningún sitio: que prácticamente todo podía hacerse sin salir de casa. En pijama. O sin él.

Y luego llegó la inteligencia artificial.

Ajá.

[No sé ustedes. Yo me quedé sin emojis. Y sin GIFs].

Hoy en día muchas bibliotecas siguen vacías. Muchísimas. Si por nuestras salas rodaran esas plantas que aparecen en las películas de vaqueros, probablemente no nos asombraríamos.

[Es más: seguramente correríamos detrás de ellas ofreciéndoles la última edición de...]

Sin embargo, eso no quiere decir que no estemos haciendo nuestro trabajo. Nos ocupamos de mantener la integridad y la salud de nuestras colecciones físicas, de entender y mantener nuestras colecciones virtuales, y de ver cómo hacer para conectar esos acervos de conocimiento y memoria con la comunidad. Porque eso, desde mi punto de vista, es una biblioteca (o como sea que la estén llamando hoy en día): un espacio, físico o virtual, donde la gente puede conectarse con saberes y recuerdos. Nada más. Y nada menos.

Seguimos con nuestras crisis de identidad, con nuestro comportamiento de "pollitos bajo el granizo". Seguimos preguntándonos para qué existimos. A veces se lo preguntamos a ChatGPT, o a alguna otra inteligencia artificial. ChatGPT saca una manito virtual y nos palmea el hombro, y nos llena la copa con aguardiente antioqueño mientras suena "Rata de dos patas" de Paquita la del Barrio, y no dice nada. ¿Qué nos va a decir?

Sé que eventualmente encontraremos nuestro camino. Un camino que pasará por aceptar lo que siempre hemos hecho, entender que es algo valioso, dejar de perseguir las novedades como si el hecho de no abrazarlas significara nuestro fin, sumar las tecnologías como una herramienta (y no como un fin en sí mismo), aguantar el paso de las modas y las tendencias, y tener un buen plan. Estoy convencido de que, con un buen plan, traer gente a la biblioteca será factible.

Gente que venga *a la biblioteca*. A usar la biblioteca y sus colecciones. No (solo) gente que venga a descansar, o a usar la internet, o a pasar el rato porque adentro está fresquito y afuera hace calor. Eso no es una "comunidad vibrante". En absoluto.

Para que vengan *a la biblioteca*, hay que mostrarles por qué lo que hacemos los bibliotecarios es valioso, y cómo nuestros servicios y productos, presenciales o virtuales, pueden ser útiles para sus quehaceres e intereses.

Ocurre que, para eso, primero tenemos que entenderlo (y aceptarlo) nosotros.

Y luego, nuestros Sargones de turno.

[Emoji de... Argh, ya ni sé... Avemariiiiiia...].

Cartas desde la biblioteca

#09. La mirada de las máscaras tejidas

Colgadas de una pared que cubren en su totalidad, trescientas caras tejidas en fibras vegetales me observan con sus trescientos pares de ojos vacíos. Un mundo de miradas huecas, parduzcas, o cremas, o caobas, o cenicientas: hilos ásperos creando curvas y rectas, diseños ancestrales basados en perfiles de animales, o de seres míticos...

Acabo de llegar a Ciudad de Panamá, y una de mis primeras caminatas me lleva directamente al Casco Viejo de la ciudad: una suerte de península cuadrículada y colonial que se asoma a una bahía abierta al Pacífico, entre islas y manglares, en medio de los "tristes trópicos" de los que hablara Lévi-Strauss en su célebre diario de viaje.

Y en ese rincón de una urbe pequeña, húmeda, intensa, y caliente como la quinta paila del averno, encuentro un lugar — una suerte de tienda-galería en una calle estrecha cubierta por sombreros de colores, suspendidos a varios metros del suelo por sogas que cruzan de acera a acera. Allí se venden las *nemboro*. Las famosas "máscaras" de fibra de palma "chungá" fabricadas por las mujeres del pueblo Embera del Darién panameño.

Dicen que también las producen las Embera de Colombia, y sus vecinas Wounaan, habitantes de las tierras bajas del departamento del Chocó. No recuerdo haber oído hablar de ellas durante mis años de residencia en tierras colombianas. Aquí, sin embargo, los trabajos artesanos —¿o debería decir "artísticos"?— de las Embera de Panamá son ampliamente conocidos por su exquisito diseño, por sus detalles y, sobre todo, por sus significados.

Las *nemboro* no son máscaras, en realidad. No son elementos utilizados para disfrazar al portador y ocultar su identidad. Al menos, no únicamente. Su nombre original, que

en lengua embera significa "cabeza", da una pista de su función última. Al colocárselas sobre sus caras, los que las llevan no solo cubren sus rasgos, sino que también asumen la naturaleza de la entidad que las *nemboros* representan.

Y se transforman, literalmente, en otra cosa.

Una "máscara" de águila, por ejemplo, no disfraza a la persona: la convierte en esa ave. Y lo hace para proteger la vida del enmascarado. Pues originalmente, las *nemboros* eran utilizadas exclusivamente por los *jaibana*, los "chamanes" del pueblo Embera, durante sus curaciones. Armados con sus bastones sagrados, dopados con hierbas alucinógenas, esos "brujos" luchaban contra todos aquellos espíritus del mal que osaran enfermar los cuerpos y las almas de los miembros de sus comunidades. Y durante la larga ceremonia, cada cierto tiempo se colocaban las "cabezas" *nemboros* sobre sus rostros color de barro y, convertidos en otra cosa, en otra persona o bestia o entidad o lo que fuera, esos *jaibana* eran capaces de despistar y confundir a sus adversarios... y continuar su lucha.

Una vez cumplido su cometido, las *nemboros* utilizadas en un ritual de sanación eran quemadas. Indefectiblemente. Nadie quería que los espíritus vencidos, en un arrebatado de ira vengativa, buscaran esos rostros falsos que los humillaron y los encontraran.

Por otro lado, esos elementos estaban cargados de una energía particular. Una que nadie querría conservar en su casa. Es como si, en nuestra cultura occidental, alguien decidiera recuperar las flores utilizadas en un velorio o en un entierro y colocarlas en un jarrón, como centro de mesa. En general, muchos coincidirían en afirmar que esas flores deben ser descartadas, pues están imbuidas de cierta energía —o, cuanto menos, de cierta carga simbólica— que nadie querría cerca en su vida cotidiana.

Curiosamente, las *nemboro* son, en la actualidad, uno de los productos artísticos más codiciados de Panamá, junto con las *molos* producidas por las mujeres del pueblo Gunadule, del archipiélago de San Blas.

Es en ese contexto, el de la venta, en donde tengo mi primer contacto con esas "máscaras". Allá en el Casco Viejo de la ciudad de Panamá, un domingo de enero en el que me refugio en el interior de una tienda de artesanías para escapar de un sol de mediodía que incinera todo a su paso.

Y en el que me encuentro, casi sin quererlo, frente a trescientos pares de ojos vacíos, hechos de hilos de palma, que me observan inquisitivamente.

Las "máscaras" se comercializan tanto en sus tamaños originales —capaces de cubrir un rostro humano, o mucho más grandes— como en versiones medianas y pequeñas. Excepto un par de tiras largas que ejercen de estructura de sostén, y que pueden ser vegetales o de alambre, toda la pieza está cuidadosamente tejida, utilizando diversos esquemas. El material que se emplea es una fibra recia extraída de las hojas más jóvenes de una palma conocida popularmente como chungá, macora o guérregue (*Astrocaryum standleyanum*). Extendida entre Costa Rica y Ecuador, la palmera proporciona materia prima para la confección de canastos y otros elementos de uso cotidiano. Y para las *nemboro*, por supuesto.

En líneas generales, las que elaboran estos trabajos en las comunidades Embera de Panamá —ubicadas sobre todo en la Comarca Embera-Wounaan del Darién, al oriente del país, cerca de la frontera con Colombia— son mujeres. Las artesanas-artistas han sabido recuperar y conservar estructuras, técnicas y patrones tradicionales, manteniendo incluso el teñido de las fibras con tintes naturales. Sin embargo, también

han sabido innovar, integrando el uso de vivos tonos de anilinas en sus trabajos, y de patrones de corte, tejido y trenzado no habituales en las "máscaras" de antaño.

Como queda dicho, las *nemboro* ya casi no se emplean en los rituales de los *jaibana* — unos personajes, por cierto, que pueden ser tanto hombres como mujeres y que, desde hace un tiempo, han ido sufriendo cierto retroceso en sociedades indígenas en donde el embate de corrientes como el evangelismo ha sido atroz.

Por ende, al no usarse casi en ceremonias de curación, las "máscaras" pueden venderse sin ningún inconveniente. No hay reglas o tabúes que prohíban ese comercio y, sobre todo, las "cabezas" no serán perseguidas por ninguna entidad espiritual en busca de venganza. De hecho, enfrentado a sus miradas secas, a sus picos y bocas abiertas, a sus siluetas afiladas o curvas, allí en la tienda del Casco Viejo panameño, no las siento cargadas de "malas energías". En absoluto.

Pero sí de significados, de conocimientos, de memorias.

Siento un universo entero colgando de esa pared frente a mi: toda la cosmovisión de un pueblo, y los saberes de las generaciones y generaciones de artesanas y *jaibanas* que colaboraron para desarrollar la mejor forma de derrotar a las almas oscuras. Hay crestas, y colmillos, y más y más ojos huecos que me observan desde el fondo de los tiempos.

Buena parte de esas *nemboro* podrían considerarse como auténticos documentos: elementos que contienen y permiten transmitir determinados tipos de información. Al menos si utilizamos el concepto más amplio de documento, de uso habitual en museos y entre las corrientes más modernas de la ciencia de la información.

Las "máscaras" hablan de unos materiales determinados (fibras, marcos, tintes, adornos), y de sus estrategias de recolección y uso, y de ecologías y biologías; de unas

técnicas de construcción específicas, con todas sus muchas variaciones a través del espacio y el tiempo; de significados religiosos de colores y formas, y del simbolismo de las iconografías; de historias relacionadas con el personaje representado, y de otras, relacionadas con las muchas curaciones (exitosas y fallidas), que no son más que batallas contra el mundo de lo oscuro y lo malvado. Son, en definitiva, la suma de todo lo que representan, y un nodo, o un nudo, en el complejo tejido del conocimiento y la memoria tradicional de los Embera.

Las *nemboro* cuentan sobre territorios y gentes, y sobre sus entidades espirituales benignas y malignas. Y lo hacen usando solo sus siluetas, volúmenes, texturas y tonalidades. Las cuales, incidentalmente, las transforman en objetos estéticamente bellos, apreciados y valiosos.

Y, por ende, muy vendibles.

Elijo una de las más pequeñas de las muchas "máscaras" exhibidas en aquella tienda. Siento que las más grandes resultan demasiado imponentes. Prefiero tener conmigo una que no invada mi espacio, que me haga compañía, que me deje apreciar sus muchos detalles —los repetitivos entrecruces de fibras formando un patrón, el color que es más fuerte aquí y se desvanece allá...—, y que me cuente una historia.

Su *posible* historia, por ejemplo: ¿qué hubiera ocurrido si hubiera sido utilizada por un *jaibana* en algún rincón del bosque antiguo del Darién para combatir las garras nauseabundas de una bestia mítica, o las influencias oscuras de determinada sombra?

Pero también su historia *real*. Que es la de las muchas mujeres que cortaron las hojas de chungu, que las machacaron y extrajeron las fibras, que las tiñeron, que las tejieron, que imaginaron esta o aquella forma, detalle y estructura... O la de las otras tantas que

viajaron kilómetros y kilómetros para vender sus piezas intentando sacar unas monedas para sobrevivir, o las que terminaron malvendiéndolas acuciadas por la necesidad, o las que fueron estafadas por algún intermediario poco escrupuloso... Historias de resistencias y abusos, y de cambios culturales e identitarios, y también de pérdidas, y de olvidos.

Evito aquellas que tienen colores brillantes, de anilina, y elijo una marrón oscuro, y crema, y beige. Con forma de felino. ¿Es realmente uno? No estoy del todo seguro: puede que sea un venado. En cuanto la tengo entre mis manos comienzo a clasificarla. ¿No es un documento, acaso? ¿No soy yo un bibliotecario?

Y, por supuesto, caigo en la cuenta de lo poco acostumbrados que estamos los de mi profesión a clasificar cualquier cosa que no sea un libro, y de las muchas posibilidades que se abren ante mis pies a la hora de organizar y entender esos saberes hechos "máscara" que sostengo tímidamente entre mis dedos.

En las paredes vacías de mi nuevo apartamento de Ciudad de Panamá hay suficiente espacio para colgar varias docenas de "máscaras". Clavo y martillo en mano, termino de colocar la primera: la *nemboro* que acabo de comprar en el Casco Viejo. Me alejo unos pasos para mirarla en perspectiva. Es bonita, con toda su gama de tonos marrones destacando sobre el fondo blanco immaculado.

En ese momento me imagino un estante de biblioteca con una colección de esas "cabezas" rituales indígenas, cuidadosamente clasificadas y catalogadas, dialogando con libros y artículos relacionados con el pueblo Embera y con otros materiales documentales — entendiendo "documentos" en el más amplio sentido de la idea. Y surgen las preguntas, inevitables. ¿Por qué estamos tardando tanto en llevar a la práctica este concepto de "biblioteca" plural, amplio, decolonial e interdisciplinar? ¿Por

qué seguimos fragmentando la memoria y el conocimiento de nuestras sociedades en bibliotecas, archivos y museos cuando se trata de una única entidad, rica e integral? ¿Por qué nuestro universo informativo sigue girando siempre en torno a los mismos formatos, soportes, materiales, orígenes, idiomas y códigos? ¿Por qué insistimos en dejar de lado otras formas de contar historias, de expresar saberes, de codificar recuerdos?

Con todo eso en mente, me siento en mi escritorio y comienzo a apuntar los primeros párrafos de este texto. A mi lado, cuidadosamente extendida, descansa una *mola*: una de las coloridas telas producidas por las mujeres Gunadule de Panamá y Colombia. Un objeto artístico con una historia bien distinta a la de las *nemboro* de los Embera, pero con una representatividad similar. Me detengo un instante, perdido en los colores de la *mola*, en sus dibujos, en las diminutas puntadas de los hilos que sostienen todo el trabajo. Y me doy cuenta de que lo mismo que voy a decir sobre las "máscaras" de chungu podría decirse sobre las telas gunadule. Lo mismo, o mucho más.

Decido que esa será una historia para contar en otra ocasión. Y continúo tipeando.

Cartas desde la biblioteca

#10. Tirando del hilo

Aparecieron. Simplemente. Suele suceder así, y ese es uno de los encantos de esta profesión que vivo a diario y que les comparto a través de estas cartas.

Hablo de dos documentos que encontré en un rincón de mi oficina. Nadie me ha sabido dar razón de cómo llegaron hasta allí. Como digo, simplemente aparecieron. Cuando desempaqué el primero, en la primera página encontré el sello de la biblioteca de James Zetek. Y se me erizó la piel. Tal cual.

[James Zetek fue un entomólogo estadounidense, y allá por el segundo cuarto del siglo XX fue el encargado / guardián / responsable / custodio de la estación biológica de isla Barro Colorado (BCI), en el lago Gatún: el germen de lo que hoy es STRI].

La hoja donde estaba ese sello exhibía el título del documento. *Reports of the Canal Zone Biological Area, 1925-1940*. Eran los informes más tempranos de la estación biológica de BCI. Datos de primera mano: una bitácora de todo lo ocurrido durante cada uno de esos años, con nombres, presupuestos, acciones, datos, algunas anécdotas...

Busqué en nuestra base de datos institucional. Busqué en otras bases de datos internacionales, en la Biodiversity Heritage Library, en Archive.org. Revisé toda la Internet. Y nada. Nada de nada. Nadie más parecía tener una copia de esos documentos.

Tenía entre mis manos un tesoro. Bastante único, por cierto.

Esto que les cuento ocurrió hace meses. A día de hoy, el documento ya está escaneado y transcrito, y poco a poco lo he ido anotando y traduciendo al castellano. Y, en el proceso, he ido descubriendo tesoros más pequeños dentro del tesoro grande. Como si el texto fuese una gigantesca *matryoshka* rusa.

[Todos lo son, en realidad: basta mirar con un poco de cuidado. Prestar atención, como les dije alguna vez en otra carta, a los pequeños detalles].

Uno de esos tesoros-más-pequeños-dentro-del-tesoro-grande lo encontré hace un par de semanas. Mirando con lupa el primer informe, el de 1925, comencé a detectar, entre sus párrafos (y, en concreto, en la sección "Visitantes"), algunas palabras y frases que sobresalían del tejido general del texto como si fueran hilos sueltos.

Confieso que mi impulso, cuando encuentro esos hilos, es tirar de ellos.

[Estarán imaginando el estado de mi ropa, ¿no?]

Supongo que ya saben que esa curiosidad provocada por pequeños elementos que parecen "sobresalir" de la imagen panorámica es la que ha alimentado muchas investigaciones. Sabrán también, o lo imaginarán (y, si no, aquí estoy yo para contarles) que veces el hilo no conduce a ningún sitio: es, simplemente, una pista falsa. Otras, lleva a descubrimientos interesantes: al inicio de un largo y rico camino de construcción y elaboración de nuevos saberes, todos ellos motivados por un "mínimo detalle" inicial.

Dicho todo esto, el primer fragmento de texto que llamó mi atención fue el siguiente:

"Dr. Harrison G. Dyar, Curator of Mosquitos, U. S. National Museum, Washington, D. C., worked principally at Ancon, but visited the island with Mr. Shannon. Mrs. Dyar assisted in his studies of mosquitos".

Debo aclarar que uno de mis principales intereses, a la hora de hacer investigación bibliográfico-histórica, es encontrar las huellas que han dejado las mujeres. En general, han sido muy ninguneadas en la bibliografía científica y los informes académicos, a pesar de que en sus manos recayeron muchas actividades sumamente importantes. En ese contexto, y dado que la esposa de Dyar al parecer había estado involucrada en el trabajo en Barro Colorado, intenté averiguar quien fue ella.

Me he llevado muchas sorpresas cuando me he metido de cabeza en este tipo de procesos. Pero la que me encontré acá, de verdad, no me la esperaba.

Ocurre que Harrison Dyar (entomólogo estadounidense, 1866-1929) fue bígamo. Estaba casado con Zella Peabody (con quién tenía dos hijos) y en pareja con Wellesca Pollock (con quien tenía varios hijos), a la que conoció (a) durante el tiempo que Pollock se desempeñó como ayudante a tiempo parcial en la Smithsonian Institution, o (b) en los cultos Baha'i que ambos frecuentaban (de hecho, Pollock adoptó el nombre persa "Aseyeh", y fue una de las más tempranas adherentes a esa fe en los EE.UU.).

[Si no saben lo que es la religión Baha'i, los invito a hacer una pequeña investigación al respecto. La Wikipedia los puede ayudar...]

Cuando el tema salió a la luz, armó tremendo escándalo en la sociedad washingtoniana de la época. En 1921 Dyar finalmente "regularizó" su situación: se divorció de Peabody y se casó con Pollock...

...que es la que estuvo en Barro Colorado en 1924 ayudándolo en sus estudios sobre mosquitos.

[No es el desenlace que me hubiera gustado leer, aclaro. Pero bueno, de pronto es mi espíritu rencoroso y vengativo hablando...]

La historia de Dyar es mucho más compleja y va mucho más allá: se peleó con medio mundo en la Smithsonian Institution, tenía unos hábitos personales cuanto menos complicados, y adoraba... cavar túneles, algo que se descubrió cuando un enorme camión que iba tranquilamente por la calle se hundió en uno de ellos.

Si están interesados en este personaje, échense un vistazo al libro de Marc Epstein *Moths, Myths, and Mosquitoes: The Eccentric Life of Harrison G. Dyar, Jr.* (Oxford: University Press, 2016). Pueden pedírmelo, si lo desean.

El segundo texto que llamó mi atención en el informe de 1925 de la estación de BCI (en la misma sección "Visitantes") fue este:

"Dr. Reginald Gordon Harris, Director, Biological Laboratory, Cold Spring Harbor, Long Island, came here for studies of endocrine control of metamorphosis in lepidopterous larvae, which were carried on at Board of Health Laboratory, Ancon; as well as several daily trips to the Island when some lepidoptera were secured. These studies were carried on while waiting for the arrival of Mr. Marsh who had arranged to take Mr. and Mrs. Harris to the San Blas coast to study the 'White Indians'".

Harris (1898-1936) fue un biólogo estadounidense, pero su verdadera pasión eran los viajes y el contacto con culturas diferentes. Por aquella época se había popularizado la historia de "los indios blancos del Darién". Ocurre que, al parecer, el pueblo Gunadule era famoso en aquella época (no sé si seguirá siendo el caso, y, honestamente, no sé si alguna vez lo fue) por tener una de las mayores tasas de albinismo entre las sociedades originarias latinoamericanas. En 1923-1924, la (trágica, por cierto) expedición de Richard O. Marsh al Darién describió a esos "indios blancos" o "indios rubios" (hay una reseña de H. L. Fairchild en *Science*, 60 (1925), pp. 235-237, al respecto de ese viaje, que vale la pena leer — y que también pueden pedirme, si lo desean).

El caso es que, durante su estancia en Panamá, Harris aprovechó para hacer una visita al archipiélago de San Blas, y luego escribió uno de los libros por los cuales es más recordado, y que no tiene nada que ver con la biología: *Los indios Tule de San Blas* (Panamá: Imprenta Nacional, 1926).

Y, para terminar, el tercer fragmento de texto que captó mi curiosidad fue este de acá:

"Dr. Dorothy L. Popenoe, Student of Grasses, formerly at Royal Botanical Gardens, Kew, England, visited the island to collect grasses".

"¿Una estudiosa de pastos?", me pregunté. Me pareció curioso, así que revolví un poco. Y me enteré de que Dorothy Kate Popenoe fue una botánica (especialista en gramíneas, en efecto), arqueóloga e ilustradora inglesa. En 1925, su esposo, el explorador agrícola Wilson Popenoe...

[Un explorador agrícola era un botánico que recorría el mundo intentando encontrar nuevos productos agrícolas potenciales, y el trópico, como imaginarán, fue campo fecundo para ese tipo de descubrimientos].

...aceptó un trabajo en la United Fruit Company. En aquel momento se mudaron a Honduras, en donde ella realizó una amplia serie de interesantes trabajos académicos, incluyendo el estudio de numerosas ruinas mayas (Tenampa, Cerro Palenque, Playa de los Muertos...).

Durante su trabajo en Playa de los Muertos comió un akí que no estaba maduro.

[El akí (Blighia sapida) es una fruta tropical].

Y fue gracias a ella, al parecer, que parte del mundo europeo se enteró de que, para poder ser consumidos, los akís deben estar totalmente maduros y deben ser cocidos. Porque Popenoe murió envenenada en 1932. A los 33 años.

Por lo que en el Caribe se conocía, desde hacía décadas, como "vómito de Jamaica".

Evidentemente, todas estas que he compartido aquí no son "grandes historias". Se trata, más bien, de "anécdotas circunstanciales". En realidad, son simples "curiosidades". Pero a partir de cada uno de esos hilos que van apareciendo en el camino como por casualidad podemos comenzar a armar un tejido. Empezar a hacernos preguntas. ¿Se conocieron todas esas personas de la lista de visitantes de 1924 mientras trabajaban en isla Barro Colorado? Si lo hicieron, ¿qué conversaciones tuvieron? ¿Se influyeron, quizás?

Cuando se tira de uno de esos hilos, generalmente no aparece nada. O tal vez solo encontremos una sarta de pequeñas curiosidades. Pero no perdamos la costumbre de tirar del extremo de cada hebra que encontremos. ¿Quién sabe? Podemos llegar a encontrar el tema de nuestra próxima investigación. O de nuestro próximo libro.

[O de nuestra próxima entrada de blog. ¿Cierto?]

Cartas desde la biblioteca

#11. Los que quedaron tras el telón

Todas las historias, nuestras historias, las más grandes y las más pequeñas, tienen actrices y actores. Personajes principales y secundarios que participan en ellas, que las desarrollan, que las interpretan, que las cierran: héroes o villanos, nobles o ruines, cómicos o tristes.

Es gracias a esas personas, a sus acciones y búsquedas, y a sus tropiezos o victorias, que esta narrativa enorme y plural llamada "Historia" lleva moviéndose desde que el ser humano es ser y es humano.

Los que gestionamos conocimiento y memoria —en bibliotecas, en archivos, en museos, o en cualquier otro espacio similar y equivalente— sabemos bien de estas actrices, de estos actores. Y hemos aprendido (a la fuerza, no porque nadie nos lo haya explicado o enseñado) que siempre hay grandes figuras que ocupan toda la pantalla o todo el escenario, y otras que quedan por detrás. A veces fuera del foco y de los créditos. Detrás del telón.

Averiguar y entender que esos personajes estuvieron en una determinada escena, en un momento particular de la historia (o en varios) es, en ocasiones, sumamente difícil. Nadie habla de ellos, no quedan rastros, no aparecen en fotos, cuadernos de campo o diarios de viaje. No se escribe sobre ellos, no están en los agradecimientos de libros o artículos... Sin embargo, para los que sabemos leer entre líneas, hay silencios o huecos en la narrativa que evidencian que allí, precisamente allí, hubo gente. Más gente. Otra gente.

Gente invisible. O invisibilizada, porque ¿por qué y para qué se iba a hablar de ellos?

[Y aquí me vienen a la cabeza, a la boca y a la punta de los dedos que tipean este texto palabras como "colonialismo" o expresiones como "discurso hegemónico", "narrative dominante" o "historia oficial". Pero mi talante hoy me pide que las deje en el tintero. Quizás otro día las saque de allí...]

He tenido muchos contactos con este tipo de casos de personajes invisibilizados; no en vano llevo cinco lustros en estas lides. Uno de los que me llamó poderosamente la atención me lo topé trabajando en las islas Galápagos. Revisando papeles antiguos, encontré la historia del descubrimiento de determinada especie zoológica (que prefiero no mencionar) en determinada isla (cuyo nombre me guardaré). El científico (de cuya identidad, parafraseando a Miguel de Cervantes, "prefiero no acordarme") que la encontró publicó su hallazgo con todos los bombos y trompetas que encontró a mano.

Pero... ¿cómo llegó ese científico, un extranjero con pocas dotes de explorador, hasta aquel remoto pedazo de tierra? ¿Cómo recorrió sus ásperas laderas volcánicas?

La tradición oral galapagueña (la voz viva y crítica de los que no tienen voz escrita y reconocida) conserva los nombres del marinero que condujo al "descubridor" hasta la ínsula, y de los guías locales que lo acompañaron en el recorrido. Sin ellos, el descubrimiento no hubiera sido posible.

[Algunas malas lenguas indican, de hecho, que fueron los propios guías los que encontraron la novedad...]

Sobra decir que esas personas no aparecen mencionadas en ningún texto impreso.

Así aprendí que detrás de cada fragmento de historia "oficial" hay mil y una pequeñas historias "no oficiales" que proporcionan contexto, que matizan el relato dominante, que enriquecen el escenario — y que, a veces, cambian la narrativa radicalmente. Esas

"otras" historias, protagonizadas por "otra" gente, generalmente no aparecen registradas. Se preservan y transmiten a través de la oralidad, la palabra hablada: un soporte generalmente ninguneado por ser poco confiable, subjetivo, inestable. Y también rebelde, crítico, poco conformista, y nada dispuesto a tragarse sapos.

Otras veces, tales historias pueden encontrarse cuando uno, como un detective de las viejas novelas decimonónicas, comienza a fijarse en detalles aparentemente irrelevantes: la presencia (o ausencia — los silencios son muy dicentes) de determinadas palabras, el gesto en la esquina interior de la pequeña y ajada foto, la nota al margen que se desvanece...

Me ocurrió hace un par de semanas, trabajando con los tempranos informes de la estación biológica de Barro Colorado (en concreto, con el de 1925), que encontré un nombre aparentemente irrelevante.

The past year [1924] has been so eventful that it is by no means easy to deal with all of the details of construction and maintenance. The location of the buildings has made this work unusually difficult. Sincere thanks are due to the officials of the Panama Canal for unanimous co-operation and enthusiastic assistance on every possible occasion. Ex-Governor Morrow, Governor Walker and many others including the Commanding General of the Panama Canal Department and Mr. J. B. Shropshire, Chief Sanitary Inspector, U. S. Army deserve hearty thanks.

¿Por qué aparecía un "Chief Sanitary Inspector" en esta lista de gobernadores y generales? El dato despertó mi curiosidad. Y comencé a sumergirme en los informes anuales del Gobernador de la Zona del Canal de inicios del siglo pasado, persiguiendo ese apellido como un sabueso. Shropshire aparece allí, ya en 1919, como "Army sanitary inspector" (*Report of the Chief Health Officer. En Annual Report of the*

Governor of the Panama Canal Zone on the Fiscal Year ended June 30, 1919.
Washington: Government Printing Office, 1919, p. 313).

Confirmé así la identidad del personaje mencionado en el informe de Barro Colorado. Pero... ¿no había nada más?

Seguí buscando y, para mi sorpresa, el apellido apareció unos años después en un artículo de la revista *Zoologica* escrito por Samuel Hildebrand, uno de los científicos que participó en la Biological Survey del Canal de Panamá realizada por la Smithsonian Institution hacia 1910. En ese texto, Hildebrand califica a Shropshire como "malariólogo" (un estudioso de la malaria, lo cual cuadra con su condición de inspector sanitario en un área como la del Canal en aquella época), pero también como un importante recolector de muestras biológicas (Hildebrand, Samuel F. The Panama Canal as a Passageway for Fishes, with Lists and Remarks on the Fishes and Invertebrates Observed. *Zoologica*, 24 (1), 1939, pp. 15-45).

Siendo un malariólogo, capturaba y coleccionaba mosquitos, y al parecer proporcionaba acceso a sus colecciones a muchos científicos visitantes. Tal hecho queda reflejado en textos de Harrison Dyar y de Graham Bell Fairchild (Dyar, H. G. & Shannon, R. C. A new sabethid mosquito from Panama. *Journal of the Washington Academy of Sciences*, 15 (11), June 4, 1925, p. 234; Fairchild, G. B. Notes on Tabanidae from Panama. IX. The genera *Stenotabatus*... *Annals of the Entomological Society of America*, 35, 1942, pp. 289-309; Arnett, R. H. Notes on the Distribution, Habits, and Habitats of Some Panama Mosquitoes (Diptera, Culicidæ). *Journal of the New York Entomological Society*, 55 (3), Sep. 1947, pp. 185-200).

Una vez metido en la aventura, seguí rebuscando. Alguien con ese interés por la historia natural no podía haberse limitado a los mosquitos en un entorno tan exuberante y lleno de vida. Seguramente su curiosidad lo habría llevado más allá. Y no me equivoqué en mi asunción. El pez *Gobiomorus dormitor* fue reconocido gracias a un

espécimen que él mismo capturó, y la serpiente *Phrynonax shropshirei* lleva su apellido en el binomio científico porque fue él quien encontró un ejemplar cerca de Gatún, en 1924.

Todos esos artículos, todas esas especies nuevas para la ciencia, todos esos conocimientos que han moldeado la narrativa y el desarrollo de la historia de la ciencia en Panamá y los trópicos, no hubieran sido posible sin esa persona que dedicó su tiempo a recorrer bosques y ríos en la Zona del Canal, observando, atrapando y conservando especímenes. Una persona que, desprendidamente, abrió las puertas de su colección para que otros científicos pudieran describir y publicar esas especies, y hacer avanzar así el saber hacia nuevos horizontes. Una persona que pasó su tiempo libre embarrado, mojado y acalorado (y, seguramente, picoteado por esos mismos mosquitos que tan bien habrá llegado a conocer), en muchos rincones de una Panamá rica en vida por descubrir y entender.

Hay cientos, miles de historias como esta, ocultas en los manuscritos y cuadernos de archivo, en las etiquetas que identifican nuestras colecciones biológicas, en las fotos y notas que todavía tenemos la suerte de preservar. En este caso hubo una mención clara a un nombre y apellido concretos. Pero no siempre ocurre de esta manera. No siempre es tan fácil, tan evidente. Lo cual hace el trabajo detectivesco mucho más apasionante. ¿Quién fue, dónde estuvo, qué hizo...? ¿Qué pasó, en qué terminó todo, qué quedó?

Los invito a mirar lo que hacen desde esta perspectiva. Verán como, de una forma o de otra, el panorama se amplía, la imagen se vuelve mucho más diversa y densa, los hilos que forman el tejido se multiplican como por arte de magia.

Y los invito también a que recuerden que, muchas veces, los papeles, objetos y soportes que consideramos "basura" —elementos descartables que ya han cumplido su cometido o que, por los efectos del tiempo, parecen no tener nada que decir— son

ítems esenciales para contar una historia. Una historia completa, con sus muchas facetas y sus muchas aristas, cortantes a veces, interesantes siempre.

En la entrada #4 de esta serie les hablé de "las personas tras las cosas". La intención de este texto es la de preguntarme (y que se pregunten) qué personas están tras qué cosas. Y cuáles no aparecen, aunque sepamos —o intuyamos— que han estado ahí. Cuáles quedaron fuera de la imagen, entre bambalinas, o detrás del telón.

Y, sobre todo: ¿por qué?

PD. Tras escribir esta entrada seguí investigando a J. B. Shropshire. Y, de la forma más inesperada que se puedan imaginar, entre los documentos digitalizados por la Biblioteca Nacional de Panamá encontré un verdadero tesoro. Aquí se los dejo, para completar mi relato.

"J. B. Shropshire: Nació en París, Kentucky, E.U.S., y obtuvo la Maestría en Artes, con especialización en Literatura Inglesa en la Universidad de Princeton. Llegó a la antigua Zona del Canal en su calidad de enfermero, para escapar de amoríos desafortunados! El eminente patólogo norteamericano, Samuel T. Darling, descubridor del agente etiológico de la histoplasmosis, colocó bajo su ala protectora a Shropshire y a Dunn, quién también era enfermero de profesión, y los entrenó en los rudimentos de la entomología médica, ya que él consideraba que la antigua Zona del Canal, recién creada, debía contar con este tipo de personal, esencial en labores de salud en los trópicos. Shropshire era un hombre de mucho talento, cuyo valor no era generalmente reconocido debido a su timidez. Durante una época de su vida fue, al mismo tiempo, campeón de Tennis y de Ajedrez, como también el principal promotor de festivales musicales en la antigua Zona. En un comienzo trabajó para la compañía del Canal de Panamá pero más tarde pasó a ser Jefe del Control de la Malaria en las instalaciones del Ejército de los Estados Unidos en la antigua Zona del Canal. Shropshire fue muy querido por la comunidad de antillanos, quienes constituían el grueso de la fuerza

laboral de la entonces Zona del Canal; y los inspectores de sanidad, capturadores de mosquitos y abridores de zanjas que trabajaban bajo su dirección hacían cualquier cosa por él. Planificó y dirigió la construcción de muchas millas de zanjas revestidas de concreto alrededor de las instalaciones del Ejército y, gracias a su familiaridad con los bosques y los pantanos, llegó a conocer íntimamente la vida silvestre panameña. Los zoólogos norteamericanos que visitaban el Istmo, casi siempre podían contar con la ayuda de Shropshire para obtener la más diversa variedad de animales. El colectó muchos de los mosquitos de Panamá que fueron incorporados en la obra del famoso autor de "Los Mosquitos de las Américas", H. G. Dyar, quien designó un subgénero de culícidos en su honor. También fue el creador de un grupo de vigilancia entomológica para proteger a las instalaciones del ejército contra infecciones palúdicas. Shropshire nunca contrajo matrimonio y vivió en humildes habitaciones de soltero rodeado por sus lirios de agua y por el cariño y admiración de sus subalternos antillanos, principalmente de extracción francesa. Él gastaba su sueldo en viajes a la ciudad de Nueva York durante sus vacaciones para asistir a funciones en la "Metropolitan Opera", y en sufragar la educación de un gran número de sobrinos. Shropshire nunca dijo ser un entomólogo y más bien fue un autodidacta en el campo de la Ingeniería Sanitaria" (pp. 39-40).

[En Trapido, Harold. Carne y espíritu de Herbert C. Clark, MD., o cinco lustros de historia del Laboratorio Conmemorativo Gorgas. S.d.].

Cartas desde la biblioteca

#12. Una lección sobre garrapatas

"Please keep this folder always in the library room, on the table. Do not remove it from the library".

Así empieza en curioso documento que me acabo de encontrar esta semana en nuestra colección especial, mientras realizaba un (muy necesario) inventario. Un documento mecanografiado, original, muy particular, único en su especie, escrito por James Zetek, el custodio de la estación biológica de isla Barro Colorado, en 1951.

El texto se titula "Information for scientists", y en sus sesenta y pico de páginas aborda todo lo que un visitante debía saber a su llegada a Barro Colorado en aquella época: desde las reglas básicas hasta pagos y facturas, compras, uso de agua y electricidad y horarios del tren, pasando por uso del herbario, la biblioteca, el laboratorio, el comedor y el cuarto oscuro, envío de correo, recolección de especímenes, y algo de supervivencia en el bosque.

La última sección está dedicada a las garrapatas. Y me gustó tanto que he decidido compartirla, entera, con ustedes.

Aquí van pues, los párrafos de Zetek. Escritos hace más de siete décadas, pero todavía útiles.

[La traducción del inglés es mía, e intenta respetar la redacción y el tono del original. Y la fotografía presenta a James Zetek, fue tomada por Alexander Wetmore en 1946, y reposa en los Archivos de la SI].

Garrapatas y ácaros rojos

Las garrapatas son muy abundantes durante la estación seca, y los ácaros rojos en la estación húmeda. Las garrapatas se pueden ver, pero las diminutas garrapatas "semilla", es decir, las muy jóvenes, son difíciles de ver y muy abundantes. Se encuentran en las puntas de los pastos, etc. Los ácaros rojos no se ven, pero se sienten. Hay personas que son poco atacadas por los ácaros rojos o las garrapatas.

Las garrapatas grandes son fáciles de remover cuando están moviéndose. Las garrapatas "semilla", por su pequeño tamaño, son más difíciles de quitar porque son más difíciles de ver. Todas las garrapatas se mueven hacia arriba; por lo tanto, en lo que respecta a tu piel, las áreas vulnerables a proteger son la región del tobillo, la cintura y las muñecas. Vístete contra las garrapatas. Mete los pantalones dentro de los calcetines y espolvorea abundantemente con azufre en polvo. Lleva contigo una "bola para garrapatas" que diseñé en 1923 y que aún considero eficiente. Está hecha de cera de abejas con aceite de pino añadido. Si la mantienes en la mano, el calor corporal la mantendrá blanda. Detente ocasionalmente y revisa tu cuerpo, golpeando cada garrapata que veas con la bola para garrapatas. Las garrapatas quedarán incrustadas en la cera. Si hay alguna arrastrándose por tu piel, usa la bola para garrapatas, y el pequeño residuo de aceite de pino que queda en la piel te ayudará a evitar rascarte.

Quizás hayas usado "622" [repelente de insectos usado en la selva durante la Segunda Guerra Mundial, hecho principalmente de ftalato de dimetilo] y te guste. Es bueno, pero no me gusta untarlo en mi piel. Es bueno para rociarlo en las perneras del pantalón. O puedes mojar los pantalones en agua con jabón "Tide" [detergente diseñado para limpieza pesada en máquinas] al que le has añadido "622", y muchos creen que es excelente.

Pero si metes los pantalones dentro de los calcetines, usas azufre en polvo, un cinturón y espolvoreas la línea del cinturón con azufre, y si las garrapatas son muy abundantes, deshazte de ellas con la bola para garrapatas; verás que esto funciona bien.

Recomendamos que, al regresar del bosque, cambies de pantalones y te revises para quitarte las garrapatas, usando la bola para garrapatas. También, desinfecta tu ropa de campo. Estira una cuerda fuerte entre dos postes. Haz unos ganchos en forma de "S" con alambre. Coloca los ganchos en la cuerda y cuelga la ropa de campo de ellos. Como las garrapatas se mueven hacia arriba, para la mañana siguiente prácticamente todas estarán congregadas en los ganchos en "S" y tu ropa de campo estará libre de garrapatas. Pero debes echar los ganchos en "S" en un frasco con alcohol.

Eventualmente, cuando tengamos más electricidad, planeamos tener una habitación calentada a más de 60 grados centígrados, donde podrás colgar tu ropa de campo y hornear las garrapatas hasta matarlas.

Al revisarte para quitarte las garrapatas, a menudo se necesita trabajo en equipo para llegar a aquellas que no puedes ver o alcanzar.

Una vez que las garrapatas introducen sus piezas bucales en tu piel, como eventualmente lo harán, tendrás otro problema, lo que provoca picazón. Un método que encontramos útil es mojar la garrapata con saliva y luego rotarla con el dedo, y lograrás soltarla sin dejar las piezas bucales dentro de la piel, lo que causa infección.

Una ducha eliminará las garrapatas libres y algunas que están recién adheridas, además de ayudar con los ácaros rojos, y es excelente SI lo haces bien. El ritual es el siguiente: abre la ducha y cuenta lentamente hasta tres. Cierra la ducha. Enjabónate bien (el Lifebuoy [una marca de jabón creada en 1895] es muy bueno) y cuando estés bien cubierto de espuma, abre la ducha para enjuagarte el jabón y cuenta hasta diez. Esto es suficiente para quitar el jabón. Cierra la ducha. Si prefieres baños más largos,

usa el lago. No tenemos suficiente almacenamiento de agua para permitir duchas prolongadas. Por supuesto, sé que este "sistema" rara vez se sigue al pie de la letra.

Para los ácaros rojos no hay mejor remedio que "no rascarse". Hay una cantidad de "remedios". El siguiente es bueno si tienes paciencia. Toma un trozo de algodón, humedécelo con cloroformo, colócalo sobre el pequeño punto rojo, cúbrelo con el dedo y mantenlo hasta que se sienta realmente caliente. Retíralo y pasa al siguiente punto. El alcohol isopropílico también es bueno. No uses menticol [loción refrescante para evitar la picazón] u otras lociones refrescantes en grandes áreas debido al efecto de enfriamiento. El linimento "Zetek" [?] está bien, pero asegúrate de frotarlo hasta que se seque, no pongas tela sobre un área que aún esté húmeda con el linimento, porque quemará.

Si no puedes evitarlo y te rascas hasta que la piel quede desnuda, tendrás un problema peor que el ácaro rojo. En tal caso, el picrato de butesin de Abbott [pomada australiana, aplicada a lesiones cutáneas como anestésico tópico, analgésico y antiséptico] es excelente, a menos que seas una de las pocas personas sensibles a los picratos. O puedes pintar pequeñas áreas con lo siguiente: tintura compuesta de benzoína [inventada hacia 1760 y a veces llamada "Friar's Balsam"] una parte, tintura de yodo una parte.

He conocido personas (incluyéndome) que entran al bosque en pantalones cortos y las garrapatas y los ácaros rojos no parecen molestarlos mucho, probablemente en parte porque, cuando vuelven, se revisan para quitarse las garrapatas y usan alcohol en las piernas y los pies. Y otros, con todas las precauciones, regresan cargados.

Cartas desde la biblioteca

#13. Notas de viaje a una Panamá de antaño

Los diarios de viaje se han encontrado siempre entre los más increíbles *best-sellers* de la literatura mundial.

A lo largo de los siglos, las expectativas de "viaje" de la gran mayoría de la población humana se limitaba a los alrededores de su pueblo natal y, con suerte, algún mercado en el pueblo de al lado. Nada más.

De modo que los viajes siempre se encontraron entre las narrativas más buscadas por las audiencias ávidas de historias. Y no hay nada que a los humanos nos guste y nos mueva más que una buena historia: desde la "odisea" de Ulises, cantada por los *aedas* de la Grecia arcaica al son de una lira...

[El término "odisea" procede del nombre original del personaje de "La Odisea", Odysseus, y de su larga y accidentada travesía a lo largo y ancho del mar Mediterráneo].

...y las aventuras de Gilgamesh, hasta los viajes de Marco Polo y las crónicas de los conquistadores españoles, pasando por los *Eddas* y las sagas nórdicas y el *Rihla* de Ibn Battuta.

Por supuesto, si el viaje iba acompañando de aventuras y paisajes exóticos, el relato se vendía mejor. Y, tras el advenimiento de la imprenta, lo de "venderse" era literal. Bien lo supieron los *privateers* (más conocidos como "piratas", aunque hay una diferencia técnica entre ambos términos) británicos que asolaron el Caribe y, cruzando el istmo de Panamá o rodeando el Cabo de Hornos, hicieron lo propio con las aguas del Pacífico latinoamericano, cuando aún esas tierras eran colonias hispanas. Lionel Wafer, William

Dampier, Basil Ringrose o Raveneau de Lussan llevaron unas crónicas sus aventuras — muchas de ellas vividas en lo que hoy es Panamá— que terminaron vendiéndose como pan caliente entre un público ávido de descripciones extrañas, hechos insólitos y mucho, mucho exotismo.

Los naturalistas del siglo XVIII y XIX aprovecharon ese gusto del público en general por las bitácoras y diarios para narrar y difundir sus periplos y lograr algo de notoriedad. Charles Darwin, el gran Alexander von Humboldt, Alfred Russell Wallace, Thomas Belt o Richard Spruce escribieron y publicaron (con distintos grados de éxito) los relatos de sus andanzas por las Américas y los trópicos.

Pero no fueron los únicos. De hecho, la industria editorial prefería los relatos menos académicos / formales y más... "escandalosos". Y, muy especialmente, aquellos producidos por "gente del común", como los propios lectores: un marinero, un trabajador de ferrocarril, una institutriz...

...o un buscador de oro.

La tristemente célebre "fiebre del oro" de California (1848-1855) fue un periodo importante e interesante de la historia de la costa oeste de los Estados Unidos. Para los mercaderes y buscadores que estaban en la costa atlántica de la nación norteamericana y querían llegar hasta el otro extremo del país (en el cual aún no existía el Transcontinental Railroad, inaugurado en 1869) resultaba mucho más sencillo tomar un barco hasta América Central, cruzar Panamá o Nicaragua —las rutas más populares de la época— y, una vez en el Pacífico, tomar otro navío que los dejara en la ciudad de San Francisco. Fueron muchos los libretos, panfletos, relatos y novelas publicados sobre la "fiebre dorada" en aquella época. Y uno de ellos fue *California illustrated: including a description of the Panama and Nicaragua routes*, escrito por un tal John M. Letts y publicado en Nueva York por R. T. Young en 1853.

[Una copia original del libro se encuentra en la colección especial de nuestra biblioteca].

El libro de Letts servía de guía de viajeros, describiendo las dos rutas posibles, y narraba tantos los posibles problemas como los paisajes, territorios y personajes locales. Y todas las anécdotas, sucesos y detalles que la más o menos inspirada (o imaginativa) pluma del autor lograra recoger. Generalmente, a más escandalosos y escabrosos, mejor.

Si traigo a colación el libro de Letts es porque tiene un capítulo dedicado a la ciudad de Panamá. ¡Y una ilustración!

Un capítulo que comienza con una descripción de Panamá desde el barco...

"La ciudad, enclavada en la base del Cerro Lancón [sic], tenía un aspecto encantador, con sus torres y cúpulas iluminadas por el sol de la mañana. También se veían sus monasterios derruidos, y su extensa muralla, cuya base estaba bañada por el suave oleaje. Aquella torre lejana, envuelta en hiedra, goteando el rocío de la mañana, parecía llorar sobre la tumba de una ciudad desaparecida... Todo conspiraba para despertar emociones del carácter más romántico" (p. 185).

¡Ah, esas torres llenas de hiedra bañadas por el rocío! Tales romanticismos semi-góticos no podían faltar en la literatura de la época, aunque en Panamá el rocío matutino y las hiedras no existieran o no tuvieran similitud alguna con los de latitudes más norteñas. Tampoco podían faltar las descripciones detalladas de paseos y lugares...

"Después de cenar, paseamos hasta la «Batería», nos sentamos en un [cañón] cincuenta y seis de bronce y contemplamos una de las escenas más magníficas que jamás he visto a la luz de la luna. La bahía estaba tan plácida como un espejo; los barcos, tranquilamente anclados, se alzaban como fantasmas; las islas eran apenas

visibles en la distancia. Detrás de nosotros había un monasterio en ruinas; la luna se asomaba al tejado y a las ventanas, revelando los innumerables murciélagos que se congregan cada noche para jugar por esas salas desoladas. Después de pasar allí una hora, atravesamos una de las derruidas puertas [en la muralla de la ciudad] y nos bañamos en la orilla del mar; volvimos a entrar por la puerta y pasamos a lo largo de la muralla hasta el convento de San Francisco, una inmensa estructura que cubre un área de 300 pies cuadrados; ahora está deshabitado y en ruinas. Cerca de una de sus esquinas, en la calle, hay un pedestal de piedra coronado por una cruz, donde los devotos suelen arrodillarse y besar la imagen de «Nuestra Señora». Subiendo por la calle principal, «Calle de la Merced», encontramos a los ciudadanos disfrutando de la noche, y al pasar les oímos susurrar modestamente: «Los Americanos tienen mucho oro»" (p. 186).

Y, por supuesto, el toque tétrico...

"Aquí hay muchas cosas que atraen y despiertan interés en la mente, pero por muy fuerte que sea el deseo de información, no se puede aprender nada de las clases más bajas de la población. La fuente de información que, en Estados Unidos, es inagotable, aquí es estéril; pues decir que un neogranadino conoce incluso a su propia esposa e hijos, es concederle, comparativamente, un grado muy alto de logro. Pase e inspeccione las ruinas de un monasterio u otro edificio, y pregunte a la primera persona que encuentre qué es y cuál es la causa de su destrucción. La respuesta invariable es: «No sabio, Señor». Al pasar cerca de la cabecera de la «Calle San Juan de Dio», me llamaron la atención los movimientos de una niña que, con una vela encendida en la mano, avanzó rápidamente hasta un codo de la muralla principal de la ciudad y, dejando la vela, se retiró apresuradamente. Al inspeccionar el lugar, descubrí que parte del muro estaba formado por cráneos humanos, y al quitar una piedra que cerraba una abertura, vi una vela encendida que se conserva aquí como «luz eterna». Entré en una pequeña tienda cercana y pregunté por la historia de esta catacumba; la

respuesta fue «no sabi, Señor». Mi solución fue que se trataba de los huesos de héroes caídos en la defensa de la ciudad" (p. 187).

Los diarios de viaje, cuadernos de bitácora y otras narrativas similares que incluyen al actual territorio panameño en sus páginas son más que abundantes: Panamá fue, desde la conquista española, tierra de paso y punto de encuentro para exploradores, descubridores, viajantes y curiosos de todo tipo. En esa literatura se encuentran descripciones más o menos detalladas, artísticas y afortunadas de caminos, pueblos, ciudades, puertos y gentes. Y aunque por lo general los aportes de esos textos a la historia, la geografía, la biología o la etnología no son ni amplios ni profundos, no está de más tenerlos en cuenta. Nunca se sabe cuando puede aparecer, en alguna de esas páginas, alguna sorpresa inesperada.

Como el comentario de que la vieja muralla panameña estaba construida sobre una base de cráneos humanos. ¿No les queda la duda, ahora?

Cartas desde la biblioteca

#14. La historia de Barro Colorado según Zetek

Creada y desarrollada durante el primer cuarto del siglo XX, la estación biológica de isla Barro Colorado, en el corazón del lago Gatún, en el Canal de Panamá, fue uno de los espacios más emblemáticos y significativos en la historia de la biología y la conservación tropical. Y el entomólogo estadounidense James Zetek fue uno de sus principales artífices — además de su "custodio residente" por muchos, muchos años.

La historia de la estación desde su inauguración en adelante fue contada tanto por informes internos como por libros y artículos externos, y está sobradamente documentada. La historia de sus primeros tiempos es un poco más complicada de conocer: deben recuperarse varios fragmentos esparcidos en diarios, reportes, periódicos y fuentes escritas por terceras partes, y deben "tejerse memorias" con mucho cuidado para crear un relato que, si bien es consistente, aún deja muchas cosas en el aire.

Y la historia de la idea detrás de todo eso —la que llevó al nacimiento de la estación, el "¿por qué?" detrás de ese espacio que terminó convirtiéndose en toda una referencia internacional— se refugiaba, sobre todo, en la tradición oral. En lo que contaban, generalmente por referencias, los más viejos entre los viejos.

Hasta hace poco, cuando encontré, en la colección especial de nuestra biblioteca, un breve documento de unas seis hojas, original e inédito, mecanografiado por el propio James Zetek y titulado *The history of Barro Colorado*. Una de sus versiones más personales de los hechos, en donde recogió parte de su historia personal, y el devenir de "su" idea de una reserva biológica en Panamá.

Muchas veces me había preguntado qué había pensado Zetek de toda esa historia de Barro Colorado. Su nombre aparecía muchas veces en los papeles y relatos de otros — por lo general, en los agradecimientos por su indispensable contribución al desarrollo de la estación— pero muy pocas veces había podido leerlo con su propia voz, como lo hice en *The history of Barro Colorado*. Me pareció que él mismo se hizo una entrevista. Que buscó que su versión de los hechos quedase reflejada en alguna parte.

Comparto aquí algunos fragmentos del manuscrito, traducido al castellano de forma tal que respete el personal estilo de escritura de Zetek, a veces un poco informal y repetitivo.

"La idea de establecer una reserva biológica en la Zona del Canal, disponible para que nuestros científicos la estudien, se remonta aproximadamente a diciembre de 1911, poco después de que el autor llegara al Istmo como entomólogo del Departamento Sanitario de la Comisión del Canal Ístmico, para trabajar bajo las órdenes del coronel William Crawford Gorgas en problemas relacionados con la malaria, la fiebre amarilla y la peste bubónica [...].

Al llegar a la Zona del Canal, al autor se le abrió un nuevo mundo [...]. Y fue justo entonces cuando surgió la idea de un laboratorio biológico en los trópicos. Por todas partes había destrucción. Reservemos un tramo considerable de bosque tropical no perturbado para que permanezca intacto por la acción del hombre, donde los científicos puedan venir y estudiar [...].

Con la finalización del Canal de Panamá llegó el llamado a economizar, y entre los muchos puestos abolidos se encontraba el del entomólogo [...]. El autor entonces se convirtió en Entomólogo Estatal de la República de Panamá, y aunque duró relativamente poco, le permitió ver gran parte del interior de Panamá, lo que solo

servió para que la idea de una reserva biológica se convirtiera en una obsesión para él [...].

La idea de una reserva biológica tuvo que esperar mejores tiempos. Durante la [primera] guerra [mundial], y justo después de ella, fueron tiempos difíciles para proyectos de este tipo. Sin embargo, el autor obtuvo del presidente [panameño Belisario] Porras una área privilegiada justo frente a donde ahora se encuentra la Embajada de los Estados Unidos [en la Ciudad de Panamá], para el establecimiento de un Laboratorio de Biología Marina. Qué gran oportunidad, pero la falta de apoyo dejó este proyecto en suspenso. Hoy, en este lugar, hay una gran estatua de Balboa, redescubriendo el Pacífico [...].

Estos años sirvieron como un impulso para la idea de una reserva biológica. Este, entonces, es el trasfondo sin el cual es muy dudoso que tal reserva se hubiera establecido aquí.

Lo que sigue es el rápido crecimiento de esta idea hasta convertirse en realidad. El autor fue nombrado miembro del Conservation of Natural Areas Committee de la Ecological Society of America. El National Research Council estaba profundamente interesado en la investigación en los trópicos. Así, se formó el Institute for Research in Tropical America, y aunque solo tenía un estatus simbólico en ese momento, desempeñó un papel muy importante una vez que se reservó la isla Barro Colorado para la investigación.

Febrero de 1923 fue un mes auspicioso. Tres autoridades destacadas llegaron a la Zona del Canal: el Dr. William Morton Wheeler, Decano de la Bussey Institution; el Dr. Richard D. Strong, Profesor de Medicina Tropical en la Escuela de Medicina de Harvard; y el Dr. C. V. Piper, destacado agrostólogo del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos [...].

Wheeler y Piper compartieron el laboratorio del autor, Wheeler interesado principalmente en hormigas y Piper en pastos. Wheeler, Piper y el autor realizaron innumerables excursiones de campo juntos, y en muchas de estas también estuvo presente Strong. Tanto en estas excursiones como en el laboratorio, estos cuatro discutieron la idea del autor de una reserva biológica. Decidimos que debía ser una gran isla, en la Zona del Canal, y lo más intacta posible. Sentimos que este era el lugar para tenerla porque la Zona del Canal era el foco de las facilidades de viaje, la reserva estaría lo suficientemente cerca de la civilización y muy cerca de las mejores instalaciones hospitalarias al sur del Río Grande. También sentimos que dicha reserva, cuando estuviera en funcionamiento, debería proporcionar comidas y alojamiento para los científicos, aliviándolos de estas dos tareas principales, de modo que todo su tiempo estuviera disponible para su trabajo de investigación. También destacamos la importancia de un suministro de agua 'segura'. Cualquiera que haya ido en expediciones a los trópicos sabe lo que significan estas instalaciones. ¿Existía una zona considerable intacta?

Un amigo del autor, el Sr. Bill Irwin, estaba en la división de arrendamiento de tierras del Canal de Panamá. Las tierras del Canal se estaban arrendando en parcelas de una a cincuenta hectáreas para aquellos que deseaban dedicarse a la agricultura. Se pensaba que esto proporcionaría más alimentos y también sería una fuente adicional de mano de obra. Irwin seguramente tendría la respuesta. Era la isla Barro Colorado, justo en el centro del Lago Gatún, bordeando el Canal. Solo unas ocho hectáreas de su lado sur estaban arrendadas a colonos, y él se encargaría de que salieran de la isla, siempre y cuando les pagáramos por sus mejoras. Irwin nos dio valiosos consejos.

Los cuatro decidieron que el autor debería dirigir una carta al gobernador [de la Zona del Canal], J. J. Morrow, pidiendo que se destinara la isla para este propósito especial. El 17 de abril de 1923, el gobernador Morrow emitió una orden al respecto. La visión se convirtió en realidad. Ahora teníamos seis millas cuadradas de espléndido bosque tropical reservado para nuestros biólogos [...].

Durante los últimos veinticinco años, el autor ha cuidado del laboratorio, una tarea que, a pesar de las preocupaciones y pruebas, ha sido placentera [...]. Este, entonces, es solo el capítulo introductorio de esta historia. Los muchos cientos de científicos que durante estos veinticinco años han estado en la isla, y que contribuyeron con casi 650 libros y artículos individuales que cubren sus estudios, dan el mejor testimonio del valor de la isla para la ciencia".

Cartas desde la biblioteca

#15. Las voces que nuestros documentos dejaron fuera

Las colecciones del descubrimiento, los silencios de la memoria

En las colecciones bibliográficas y en los archivos de la Smithsonian Institution, hay manuscritos y cuadernos que alguna vez anduvieron por lo más profundo de los bosques panameños. Por sus ríos. A través de sus manglares.

Hay libros, tesis y artículos contruidos en base a esos textos. Cartas que cruzaron océanos, llevando a casa relatos de maravillas y penurias tropicales, fragmentos de un mundo a la vez embriagador e implacable. Hay historias por todas partes.

Esas páginas rebosan de observaciones detalladas: esbozos de orquídeas, notas sobre el régimen de lluvias, mediciones y remediciones del perímetro de los árboles, curiosidades sobre esas hormigas cortadoras de hojas que desfilaban sobre una alfombra de hojas caídas y podridas, o sobre esos tucanes caleidoscópicos gritando, juguetones, bien arriba, en el dosel del bosque, un poquito más allá de donde alcanzaba la vista...

Cada uno de esos párrafos sentó las bases de la ciencia tropical tal y como la conocemos hoy. Pero tan revelador como lo escrito es lo que no se apuntó.

Las expediciones que forjaron esos tempranos (y no tan tempranos) conocimientos científicos nunca fueron empresas solitarias. Los investigadores y viajeros occidentales no se adentraron solos en la selva, las montañas o los arrecifes de coral. Fueron guiados por pescadores locales que conocían las mareas, cazadores que podían leer las huellas más tenues de los animales más escurridizos, agricultores en sintonía con los múltiples ritmos de la tierra. Y, sin embargo, en sus notas, cuidadosamente

conservadas, rara vez —aunque no "nunca"— se mencionan sus nombres. Sus conocimientos sólo se reconocen de pasada, reducidos a términos vagos e impersonales. "Informante nativo". "Conocimiento local".

(En ocasiones se los menciona. Y a veces, esas menciones se ven algo empañadas, impregnadas de condescendencia o ensombrecidas por un intento apenas disimulado de subrayar una supuesta "ignorancia").

En ninguna parte aparecen como coautores. Apenas se reconocen sus contribuciones. Sólo figuran en los márgenes. Si es que aparecen.

Las notas de campo como filtros del conocimiento

Los registros de las expediciones de principios del siglo XX en Panamá —y en otros muchos lugares— ofrecen una idea de lo selectiva que puede ser la documentación del proceso de construcción del conocimiento académico. Muchos de esos textos se centran en la biodiversidad local, en la catalogación meticulosa de la flora y la fauna, o en la recolección de especímenes que más tarde se clasificarían en museos y universidades. Pero el conocimiento no reside únicamente en observaciones y especímenes: vive en las relaciones entre las personas y los ecosistemas, en las formas en que se utilizan las plantas, en los ritmos de un paisaje que no puede (ni debe) medirse exclusivamente en milímetros ni limitarse a etiquetas taxonómicas.

En esas notas surgen patrones de omisión. La morfología de una planta se registra cuidadosamente, pero no se mencionan sus propiedades medicinales, nutritivas o tintóreas, conocidas durante generaciones por las comunidades locales. Una especie se describe den detalle, pero su nombre indígena nunca aparece en el informe final. La ubicación de un río se cartografía con precisión, pero se borran los conocimientos de quienes lo navegaron primero. Las prácticas agrícolas —observadas, pero no comprendidas— se descartan como mero "folclore".

¿Les suena familiar?

Lo que esas notas captaron dio forma a lo que se convirtió en ciencia.

Lo que ignoraron dio forma a lo que se olvidó para siempre.

Los que rompieron el silencio: ¿una rara excepción?

Algunas voces, aunque raras, sobrevivieron.

Algunos investigadores, exploradores y autores reconocieron a quienes los guiaron, los ayudaron y caminaron a su lado. Entre los que trabajaron en Panamá destacan Warder C. Allee y Marjorie Hill Allee. No por ninguna idea innovadora, sino por algo sorprendentemente sencillo: apuntaron nombres.

Marjorie fue una excelente escritora, especialmente en el ámbito de la divulgación para el público juvenil, y su esposo, Warder, fue un reputado zoólogo. Ambos viajaron a Panamá en el invierno de 1923 y pasaron la mayor parte de su tiempo realizando investigaciones en isla Barro Colorado. Uno de los productos de sus aventuras fue un relato sumamente entretenido (y educativo) de sus andanzas: *Jungle Island* (Chicago y Nueva York: Rand McNally & Company, 1923).

A diferencia de la mayoría de sus contemporáneos, no sólo registraron sus propias observaciones, sino también los nombres de los hombres que los ayudaron a recorrer el bosque y trabajar en él. También documentaron algunos aspectos de la vida en torno al lago Gatún, incluidos lugares ahora olvidados, como el pequeño pueblo de Frijoles.

En un delicioso capítulo titulado "Mi árbol" (pp. 38-53), Warder describe su fascinación por los altísimos árboles del bosque de Barro Colorado (la "jungla", la llama él) y su deseo de trepar a uno para observar lo que allí ocurría. "Quería trepar a uno de esos

altos árboles por encima del dosel de la selva y ver qué ocurría allí, qué plantas y animales vivían a tanta altura y qué hacían", escribió.

Se trataba de una idea insólita en aquella época, que más tarde evolucionaría hasta convertirse en el campo de la biología del dosel. Puede decirse que fue el precursor, en tierras panameñas, de muchos otros científicos que, con el tiempo, dedicaron su trabajo a estudiar la vida en el dosel, y que produjeron un asombroso corpus de artículos científicos, libros y fotografías sobre la biodiversidad "allá arriba": *Studying forest canopies from above*, de Basset, Horlyck y Wright, *Life at the top*, de Ellen Doris, la International Canopy Crane Network...

Subirse a un árbol de esa talla no era tarea sencilla. Para hacerlo posible, Allee planeó construir una escalera utilizando restos de materiales abandonados por los franceses durante su intento de construir el Canal de Panamá. Y los llevó a la isla "con Linder, un negro alto y perezoso de las Antillas británicas...". Se alojaron en la famosa "Shannon Shack", "una graciosa choza en la isla, muy parecida a la casita de juegos que un niño podría construirse", la cual había sido levantada por el famoso entomólogo Raymond C. Shannon unos meses antes.

Sin embargo, el trabajo (incrustar estacas metálicas en un jabillo, *Hura crepitans*, para crear la escalera) resultó demasiado difícil para Linder, que finalmente "decidió que quería alejarse de la isla, que el trabajo era demasiado duro y que le dolía mucho el hombro, así que volvimos a Frijoles". Al cabo de un par de días, Allee se enteró de que Linder había llevado a Santiago a la isla como sustituto, y que el hombre "ya había subido la escalera de estacas el doble de lo que yo la había dejado". Santiago "había trepado mucho a los árboles en sus tiempos como recogedor de caucho". Describió que "trepaba descalzo, con una cuerda al hombro atada a la estaca más alta. Cuando llegaba a las ramas, podía pararse en ellas o pasar la cuerda alrededor del cuerpo del árbol, allí donde este se hacía más delgado. Al llegar la noche ya había clavado estacas hasta la segunda rama grande. De este modo, conseguimos una cómoda silla de

montar a noventa pies del suelo. Las ramas tenían quince pulgadas de grosor y eran muy fuertes. Podíamos sentarnos cómodamente en ellas y mirar a nuestro alrededor y a las plantas de abajo. No muchos blancos ven la selva desde arriba". Allee tomó una foto desde ese punto, y otra de Santiago, posando con un helecho.

El resto del capítulo lo dedicó a describir la vegetación vista desde esas alturas, especialmente las lianas. Allee describió cómo Necto, otro guía local de la isla, "atacó una gran liana" con su machete "y cortó un trozo de casi un metro de largo ... Necto se llevó un extremo a la boca y el agua corrió tan rápido que no pudo tragarla toda. Cortó trozos para los demás y el agua nos pareció fresca y de muy buen sabor".

Finalmente, Allee llegó a la punta del árbol, desde donde, según observó, "pude volver a vislumbrar el lago Gatún. El resto de la vista era el dosel de la selva, tal como se veía desde el Canal". Quería repetir la experiencia de la escalera en un guayacán (*Handroanthus chrysanthus*), pero Santiago declinó la oferta: "No se puede clavar clavo, Jefe Doctor. Hay que usar tornillo. ¡Duro, duro, duro!", argumentó el hombre.

Todos los nombres mencionados —Santiago, Necto, Linder— son algo más que referencias pasajeras. Son, con toda probabilidad, los pocos nombres de colaboradores locales registrados en la extensa literatura científica de ese periodo concreto.

Y eso es lo que hace notable a *Jungle Island*: no que acreditara plenamente la experiencia local (no lo hizo), ni que desafiara las jerarquías de su época (tampoco lo hizo), sino porque dejó un rastro, un pequeño y raro reconocimiento a las personas cuyo trabajo y conocimientos hicieron posible el avance académico.

Si más científicos hubieran hecho lo que Allee, hoy tendríamos algo realmente valiosísimo: una comprensión más completa y rica del paisaje humano de Barro Colorado y sus zonas aledañas hace un siglo. Sabríamos más sobre las comunidades

que rodeaban la isla, las redes de conocimiento que dieron forma a la exploración, las vidas que se movían por estos bosques junto a quienes los exploraron.

Pero no fue así.

Y ese silencio permanece. Si se hubieran incluido más voces, ¿cuánto más podríamos entender hoy?

Releer los márgenes

La historia de estos documentos no es solo una de omisión. También es una de posibilidad. Esos cuadernos, esas anotaciones, esos libros e informes antiguos aún existen. Están en bibliotecas y archivos, esperando. Si aprendemos a leerlos de otra manera, a detectar dónde están los silencios, podríamos descubrir lo que alguna vez se quiso olvidar.

Un nombre garabateado en el margen de un cuaderno podría llevar a una familia, a un linaje de conocimiento que aún existe fuera de los muros de las instituciones científicas. Una anotación sobre el uso de una planta —descartada como "superstición nativa"— podría contener una visión farmacológica que la ciencia apenas comienza a reconocer. Una mención pasajera de un guía, sin nombre ni crédito, podría apuntar a una comunidad que aún posee una sabiduría ecológica que la ciencia occidental no supo reconocer.

Esos documentos no fueron creados para ser leídos de esta manera. Fueron producidos para servir una visión específica del conocimiento: una que clasificaba, categorizaba y, a menudo, invisibilizaba y ninguneaba. Pero las bibliotecas y los archivos no son solo colecciones de hechos: son paisajes de memoria, moldeados por el poder, pero siempre incompletos.

¿Qué significaría releer esos documentos no como reliquias estáticas, sino como espacios de recuperación? ¿Tratarlos no como una "última palabra", sino como conversaciones inacabadas?

Tal vez en esos márgenes, en esos silencios, haya algo que todavía intenta hablar.

Hacia bibliotecas y archivos que hablan

El pasado no se ha ido. Permanece en textos y materiales, entre las páginas, esperando. No para ser descubierto, sino para ser leído de otra manera.

Solemos pensar en bibliotecas y archivos como lugares de memoria. Pero pueden ser, con la misma facilidad, herramientas de olvido. Y, cuando lo son, las consecuencias son profundas. Recordar no es un acto pasivo: es una elección. Requiere mucho más que solo preservación: exige reinterpretación, una disposición a leer a contrapelo, a buscar entre líneas, a rastrear los vestigios dejados en los márgenes, en las notas al pie, en los vacíos y silencios.

¿Qué sucede cuando permitimos que esos documentos hablen más allá de su narrativa prevista? ¿Qué significaría restaurar nombres, trazar nuevamente saberes olvidados, reconocer no solo lo que fue registrado sino lo que deliberadamente se dejó fuera?

Quizás la verdadera pregunta no es si las bibliotecas y los archivos pueden hablar.

La pregunta es: ¿Estamos dispuestos a escuchar?